LA ZURDA No. 21

Junio-Julio 2014

LA ZURDA
REVISTA

No.21



PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO:

HELGUERA, CUAUHTÉMOC CÁRDENAS, ROLANDO CORDERA CAMPOS, ENRIQUE PROVENCIO, DOLORES PADIERNA, OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO, JOSÉ WOLDENBERG, SAÚL ESCOBAR TOLEDO, ADRIANA LUNA PARRA, GERARDO UNZUETA.

$ 50



LA REVISTA ZURDA

Junio-Julio 2014

No.21



PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO:
HELGUERA, CUAUHTÉMOC CÁRDENAS, ROLANDO CORDERA CAMPOS, ENRIQUE PROVENCIO, DOLORES PADIERNA, OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO, JOSÉ WOLDENBERG, SAÚL ESCOBAR TOLEDO, ADRIANA LUNA PARRA, GERARDO UNZUETA.

$ 50

25 AÑOS

El PRD surgió de la confluencia de dos procesos políticos que impactaron el final del siglo XX. Por un lado, la unificación de las izquierdas, derivada de un replanteamiento ideológico que abandonó la noción revolucionaria para asumir el paradigma de la democracia. Por otro lado, la ruptura de la Corriente Democrática del PRI, que produjo un cisma en el régimen político, al confrontar las medidas neoliberales y la ausencia de democracia dentro de ese partido, en el que prevalece el *dedazo* y la sumisión a los designios presidenciales.

El PRD representa el encuentro de dos corrientes políticas representativas del México contemporáneo: la izquierda socialista y el nacionalismo revolucionario, entre las cuales no fue sencillo el acomodo y entendimiento, lo que requirió de buenos oficios y generosidad para abrir paso al partido político más importante de izquierda creado hasta ahora.

Primero fue la declinación de la candidatura de Heberto Castillo a favor de Cuauhtémoc Cárdenas y la integración del PMS al FDN. Más adelante, ante la negativa oficial de otorgar el registro al PRD, el PMS decidió disolverse y entregar el registro obtenido por los comunistas en 1979 al naciente partido, el cual se propuso construir un partido democrático, plural, receptivo a la crítica, donde no existieran estructuras más allá de las previstas estatutariamente y reivindicara las aspiraciones populares.

La represión del salinismo implicó el asesinato de 600 de sus militantes. El PRD afrontó la adversidad, alcanzando importantes triunfos a partir de 1996 en el Estado de México; el primer gobierno democrático en el Distrito Federal en 1997, en diferentes gobiernos estatales y en

cientos de municipios. Desde la Ciudad de México se impulsó una alternativa al modelo neoliberal que trastocó las fibras más sensibles del poder y que permitió construir la mayor insurgencia cívica en la historia reciente del país, enfrentando una ofensiva desde el poder que llevó al desafuero del Jefe de Gobierno y al despojo de la Presidencia en 2006.

A partir de entonces, la división fue manifiesta, y si bien en 2012 el Movimiento Progresista mantuvo la unidad sumando 16 millones de votos, la confrontación, la mezquindad y el pragmatismo imprimieron su sello. El Estado impuso la dirección nacional del PRD en 2008; las alianzas con la derecha incluyeron acuerdos con el PRI y la firma del Pacto por México legitimó a la corrupta clase política gobernante; a un gobierno fincado en la compra del voto y reformas contrarias al interés popular.

A sus 25 años el PRD tiene poco que celebrar. Se diluyeron los postulados que le dieron origen y se revirtió el proceso unitario de las izquierdas llevándola a su fragmentación; facilitando la restauración autoritaria y dilapidando la credibilidad y el capital político construidos a lo largo de un cuarto de siglo.

ALEJANDRO ENCINAS RODRÍGUEZ


¡FELICIDADES!

CARTÓN DEL MES



CUAUHTÉMOC CÁRDENAS

25

25 AÑOS DESPUÉS: LEJOS DEL OBJETIVO QUE NOS PROPUSIMOS*

Inicio estas palabras con un recuerdo emocionado y rindiendo sentido homenaje a los compañeros que, desde el 2 de julio de 1988 y hasta hoy, han caído en la lucha y quedado en el camino por formar y consolidar el proyecto de soberanía plena, equidad, democracia y fraternidad para nuestra nación, desde que lo enarbolara el Frente Democrático Nacional y con el que nació el Partido de la Revolución Democrática.

Han transcurrido veinticinco años en los cuales el PRD ha sido factor decisivo para alcanzar los cambios democráticos que puedan haberse dado en el país: recuento real y efectivo de los votos, lo que no puede negarse de 1997 para acá, cuando en las distintas elecciones no ha habido reclamos formales por los conteos; una autoridad electoral independiente del Poder Ejecutivo; apertura de los medios

de comunicación e información a todos los partidos políticos y sus candidatos, con las limitaciones y distorsiones que se quieran, entre otro; además de experiencias exitosas con claro sentido social en gobiernos estatales y municipales en diferentes entidades del país.

Han sido veinticinco años de lucha en los que, si bien se han alcanzado avances en la democracia electoral, no se ha logrado que esta sea cabalmente confiable, no se ha logrado evitar intromisiones de las más altas autoridades que han distorsionado los resultados, no se ha evitado que a las elecciones llegue dinero sucio y no ha habido la capacidad para construir la mayoría política que ponga fin al entreguismo en las grandes decisiones político-económicas, a las imposiciones neoliberales en la economía, que impida que se acreciente la dependencia del exterior, que crezcan la exclusión social, la pobreza y la desigualdad, que se concentre la riqueza de manera desmedida en cada vez menos manos, que se erradique la corrupción de la vida política y económica y, en los últimos años, que se combatan con eficacia la delincuencia organizada y la violencia.

El 14 de septiembre de 1988 lanzamos la primera convocatoria a conformar la unidad democrática y revolucionaria, se propuso que lo hiciéramos "*bajo la bandera primigenia de la Constitución de 1917 y los grandes principios de la Revolución mexicana*" y agregamos:

"México requiere que formemos una organización que sea la expresión política del voto ciudadano del 6 de julio, así como del cambio cultural que la conciencia colectiva está viviendo en estos tiempos de lucha y esperanza. No nos proponemos que sea la herramienta solo para ganar elecciones y constituir gobiernos. Queremos eso y queremos mucho más: queremos abrir los cauces para que la sociedad pueda organizarse a sí misma y a sus instituciones en libertad, con tolerancia y justicia… iremos preparando y creando en la realidad de nuestra vida social, las ideas, los elementos y las condiciones para el cambio de régimen, que en la legalidad y el ejercicio de las libertades, construya la nueva legitimidad"…

Han transcurrido veinticinco años en los cuales el PRD ha sido factor decisivo para alcanzar los cambios democráticos que puedan haberse dado en el país: recuento real y efectivo de los votos, lo que no puede negarse de 1997 para acá, en que en las distintas elecciones no ha habido reclamos formales por los conteos; una autoridad electoral independiente del poder ejecutivo; apertura de los medios de comunicación e información a todos los partidos políticos y sus candidatos, con las limitaciones y distorsiones que se quieran, entre otros; además de experiencias exitosas con claro sentido social en gobiernos estatales y municipales.

El día que tomamos la decisión de construir entre todos un partido político, el 21 de octubre del mismo 88, se dijo:

"Tenemos por delante un intenso trabajo y una trascendental tarea: construir el partido de la democracia, de la Revolución mexicana, de la unidad patriótica, de las reivindicaciones nacionales y populares, de la constitucionalidad y del progreso; el partido donde tengan cabida, sin exclusiones ni vetos, los millones de mexicanos no organizados, los miembros de los agrupamientos políticos y sociales que no militan partidariamente y los integrantes de los partidos con registro que por decisión estatutaria y nacional decidan acompañarnos en este esfuerzo.

"Será un partido plural, como plurales fueron las participaciones políticas que condujeron a los resultados del 6 de julio, donde se respeten y reconozcan las diferentes corrientes de pensamiento, que deben tener garantizados canales abiertos para expresarse y actuar, un partido donde circulen las ideas y receptivo a la crítica, una organización donde no existan estructuras ni aparatos, más allá de los previstos estatutariamente, que se maneje internamente con una democracia transparente, un partido, como queremos a la nación, no alineado en bloques, independiente de toda organización internacional y que mantenga al mismo tiempo rela-

ciones de amistad con los partidos que luchan por la democracia, el ejercicio pleno de las soberanías nacionales y la colaboración internacional sobre bases de equidad".

Ese mismo día llamamos al pueblo mexicano para que nos acompañara en esa tarea, expresando:

"La organización de ciudadanos que proponemos construir necesita la capacidad de acción y decisión propias de un partido y la flexibilidad, inventiva y autonomía de sus diferentes componentes, propias de un movimiento. Será una alianza en la cual convergerán, sobre grandes principios comunes, diversas corrientes de ideas, ninguna de las cuales se considera excluyente de las otras: demócratas y nacionalistas, socialistas y cristianos, liberales y ecologistas. La enorme liberación de capacidades e ideas que está teniendo lugar en la sociedad mexicana es la que determina que este partido pueda y deba organizarse como una unidad en la diversidad, como un espacio donde sus integrantes puedan, al mismo tiempo, debatir y agruparse para luchar por objetivos comunes".

"Queremos que nuestra organización sea un instrumento de la sociedad, y no tan solo de sus miembros y dirigentes, y para ello tendrá que dar en sus normas democráticas, en su vida interna, en la transparencia de sus recursos, en la autonomía de sus componentes regionales, en la libertad de corrientes y tendencias en su seno, en la unidad y el respeto a las decisiones colectivas y, sobre todo, en la conducta personal de cada uno de sus miembros, la imagen tangible de aquello que propone para el país y para la sociedad".

En estos conceptos se fincó el compromiso fundamental, ante el pueblo mexicano, del partido que nos proponíamos edificar. A veinticinco años de distancia, es oportuno preguntarnos, ¿qué tanto hemos logrado en lo que hasta ahora, entre todos, hemos conformado a lo largo de este cuarto de siglo, qué tan cerca o qué tan lejos estamos de nuestro propósito original?

Yo respondería que nos encontramos más lejos que cerca de lo que nos propusimos y nos comprometimos a construir hace veinticinco años. ¿Responsables? Por una parte, la hostilidad que desde el Estado y de algunos de los llamados poderes fácticos se ha desatado de manera permanente, y con mayor intensidad en diferentes momentos, contra el proyecto de soberanía y democracia del PRD; y por la otra, responsables también todos los que han formado y formamos parte de nuestra organización.

Desde afuera, el ciudadano común nos ve hoy, lo mismo que una gran parte de nosotros mismos, igual que los demás partidos políticos e iguales a los demás políticos, sea esto cierto o trátese de una visión errónea. Los partidos, los representantes populares, los funcionarios públicos, lo que la gente llama "la clase política", está inmersa en una crisis de credibilidad y enfrenta un enorme desprestigio.

El PRD ha caído en la distorsionante práctica de tomar sus grandes decisiones por cuotas y pesos relativos; el debate de ideas no es una práctica cotidiana y los principios frecuentemente se hacen a un lado para privilegiar alianzas electorales con quienes piensan y actúan en contra de los postulados del PRD; la formación de cuadros y el trabajo de organización en aquellas partes en las que se tiene poca presencia son asuntos olvidados.

Hay luchas muy importantes que se están librando en nuestro país y, es justo decirlo, el PRD participa activamente y en la vanguardia de ellas, pero si no logramos revertir la percepción que la gente tiene hoy del partido, acrecentada por ciertos medios e intereses creados, será difícil que confíen en nosotros.

Cuando el partido se encuentre ahí donde la gente vive sus problemas cotidianos, donde transcurre el día a día del ciudadano común, cuando vuelva a solidarizarse activamente con los trabajadores, con los campesinos, con los grupos indígenas, con los movimientos sociales y sobre todo cuando recupere cabalmente

la ética en su vida interna, entonces la sociedad verá en el PRD a un instrumento útil para su mejoramiento.

Solamente al régimen entreguista y neoliberal le sirve ese discurso que dice que hay que ser una "izquierda moderna o alejada de radicalismos". Los principios no son una moda. Si la defensa de la soberanía nacional y la defensa de nuestros recursos naturales les resultan anticuadas a los neoliberales, es mejor pasar por anticuados que ceder ante los vende-patrias; si la libertad de expresión y el derecho a la información parecen radicales a los censores, sigamos siendo radicales. Al país, de nada le sirve una izquierda dócil y dizque a la moda. Le sirve una izquierda firme en sus principios, respetuosa con quienes piensan distinto, con ética y capaz de dar ejemplo en su vida interna de lo que quiere para el país.

En 2012, después de concluido el proceso electoral federal, el PRD, nuestro partido, sufrió la más grave deserción que le haya ocurrido en veinticinco años de existencia. Todos, con seguridad, tenemos una explicación del porqué de este hecho. Pero este no es hoy nuestro tema. Sí lo es, que nunca más vuelva a suceder hecho semejante.

Tengo, por lo tanto, que hablar como siempre lo he hecho en estas asambleas, con plena franqueza, expresando mi sentir y puntos de vista frente a las perspectivas que veo para el presente y futuro inmediato del partido.

El 24 de agosto próximo se celebrarán las elecciones para integrar el nuevo Consejo Nacional y poco menos de un mes después, para elegir al presidente y secretario general de nuestra organización.

En este ambiente preelectoral, por lo que he podido conocer de diversos compañeros de diferentes partes de la República, soplan vientos de fractura. Considero que es responsabilidad de todos nosotros, de todos los militantes del PRD evitar que eso vaya a suceder.

Tres compañeros, los tres con trayectoria de lucha por nuestros principios,



los tres con legítimo derecho, los tres con la posibilidad real de impulsar nuestro proyecto partidario han planteado su aspiración de presidir nuestra organización. Su salida pública no ha alejado los riesgos de rompimiento y llegar en estas condiciones a la fecha convocada para elegir la nueva dirección, eleva dichos riesgos, y de consumarse esa predicción, el futuro, al menos el inmediato y el de mediano plazo, es el de un partido en declive, en achicamiento, con una perspectiva de voto reducido en 2015 y 2018, con el riesgo de acercarnos a la condición de un partido político que no sea útil a causa alguna y a nadie, persona o colectivo.

Los principales problemas internos de nuestro partido son políticos no estatutarios. Tengamos el arrojo y el desprendimiento de darles soluciones políticas.

Un acuerdo en torno a cualquiera de los tres compañeros que han manifestado su aspiración para presidir el PRD o en torno a cualquier otro compañero, podría, desde mi punto de vista, superar el riesgo de fractura.

De no llegarse a esta situación, dado que se va a elegir a los integrantes del nuevo Consejo Nacional, que a su vez va a elegir al presidente y secretario para el próximo trienio, plantearía, con todo respeto, que los compañeros y grupos que están participando y tienen, de ahora en adelante, que

Los principios no son una moda. Si la defensa de la soberanía nacional y la defensa de nuestros recursos naturales les resultan anticuadas a los neoliberales, es mejor pasar por anticuados que ceder ante los vende-patrias; si la libertad de expresión y el derecho a la información parecen radicales a los censores, sigamos siendo radicales. Al país, de nada le sirve una izquierda dócil y dizque a la moda. Le sirve una izquierda firme en sus principios, respetuosa con quienes piensan distinto, con ética y capaz de dar ejemplo en su vida interna de lo que quiere para el país.

El PRD debe intensificar su presencia pública no solo en los periodos electorales. Es preciso salir de una discusión y un encierro entre cuatro paredes, ver sobre todo hacia afuera, construir partido todos los días, por toda la extensión del territorio nacional, estar cerca de la gente y con un permanente contacto entre militantes y dirigentes. Estamos a tiempo para retomar el camino. Podemos hacerlo si se pone en ello voluntad política. A veinticinco años de distancia, recordemos qué partido ofrecimos a los mexicanos y qué partido nos comprometimos a edificar. ¡Cumplamos con la palabra empeñada!

participar con más intensidad en la campaña para elegir consejeros, que lo hagan con la bandera de no a la fractura, que ese sea lema de unidad y objetivo, y no los nombres de quienes pretenderían llevar a la Presidencia y a la Secretaría General, que no hacen falta para la elección de consejeros, que esa consigna sea lo que llame y unifique para formar la nueva mayoría entre los consejeros. Vayamos con ese propósito y lleguemos como mayoría el 21 de septiembre a la elección de presidente y secretario general.

Esta, desde luego, solo es bandera y consigna temporal, de aquí a la elección. El PRD debe, en todo momento, seguir siendo el principal impulsor de las reivindicaciones nacionales y populares.

Tenemos al frente, coincidente con la campaña electoral interna, la demanda para que se lleve a cabo la consulta ciudadana para revertir las reformas de los artículos 25, 27 y 28 de la Constitución en materia energética. Este debe ser tema prioritario de nuestra lucha: de aquí al 15 de septiembre, reunir el mayor número posible de firmas de apoyo para que la consulta se realice coincidente con la elección federal del 2015 y, después de ello, estar llamando al voto que habrá de depositarse el primer domingo de junio del año próximo, para echar abajo esas contrarreformas, punto central de nuestro programa electoral del 2015.

Tenemos también que insistir en que se revoquen las leyes reglamentarias regresivas en materia de telecomunicaciones. No podemos permitir que se limiten nuestros derechos de expresión e información, que se imponga cualquier tipo de censura, que se fortalezcan los monopolios en este campo.

La lucha por un salario mínimo que aumente por arriba de la inflación, que cumpla con el mandato constitucional de ser suficiente para permitir una vida de desahogo y dignidad para el trabajador y su familia, y el mejoramiento general de todos los salarios deben ser demandas centrales de nuestra lucha, lo mismo que superar el estancamiento de la economía y crecer con suficiencia y sostenidamente en el largo plazo, la creación de empleo formal, la seguridad social universal, la recuperación productiva del campo, la garantía de acceso y permanencia en un sistema educativo de calidad, el refuerzo de la laicidad del Estado y sus funciones, las reivindicaciones de género, un orden internacional de justicia y equidad. La lucha por estos objetivos debe estar presente en la actividad cotidiana del PRD.

El PRD debe intensificar su presencia pública no solo en los periodos electorales. Es preciso salir de una discusión y un encierro entre cuatro paredes, ver sobre todo hacia afuera, construir partido todos los días, por toda la extensión del territorio nacional, estar cerca de la gente y con un permanente contacto entre militantes y dirigentes.

Estamos a tiempo para retomar el camino. Podemos hacerlo si se pone en ello voluntad política. A veinticinco años de distancia, recordemos qué partido ofrecimos a los mexicanos y qué partido nos comprometimos a edificar ■

¡Cumplamos con la palabra empeñada!
¡Democracia ya! ¡Patria para todos!

---

*Discurso pronunciado en el Teatro de la Ciudad, México, D. F., 5 de mayo del 2014.



ROLANDO CORDERA CAMPOS

A 25 AÑOS DEL PRD: ENTRE LO POSIBLE Y LO DESEABLE

Partido frontera entre dos épocas, la del derrumbe del socialismo "real" y la afirmación universal del capitalismo neoliberal en la globalización, el PRD surge cuando el Estado surgido de la Revolución mexicana entra en crisis, o esta empieza a manifestarse en toda su extensión. Justo cuando desde Washington se festinaba el "fin" de la historia, en México irrumpía una formación amplia y diversa, coaligada por objetivos de transformación democrática y social que se decían inspirados en los principios fundadores de ese Estado.

Hoy podemos decir que los cimientos mismos de ese Estado sufrían los embates de un complejo de dislocaciones

El PRD surge cuando el Estado surgido de la Revolución mexicana entra en crisis, o esta empieza a manifestarse en toda su extensión. Justo cuando desde Washington se festinaba el "fin" de la historia, en México irrumpía una formación amplia y diversa, coaligada por objetivos de transformación democrática y social.

económicas, sociales y regionales intensas y extensas, que no parecían tener más desembocadura que la crisis política, constitucional, de la formación estatal en su conjunto. Tal y como lo habían planteado en 1988 algunos de los dirigentes del Frente Democrático Nacional, del que surgiría el PRD poco tiempo después.

Visto así, el panorama dentro del cual tenía que ubicarse el nuevo partido era poco propicio para una evolución tranquila, "normal", que llevara a la coalición originaria a constituirse como un partido moderno propiamente dicho. Tal vez fue la dificultad para aprehender cabalmente este escenario, lo que estuvo en el fondo de la ruta de indefiniciones estratégicas y erráticas decisiones coyunturales que ha caracterizado la historia del PRD hasta la fecha. Tampoco parece haberse tomado nota suficiente de los cambios que la estructura social y su "carácter" habían sufrido en los lustros que antecedieron a la formación del partido. La sociedad no solo había sufrido el impacto de la inflación y del ajuste draconiano para pagar la deuda externa, aplicado por el gobierno sin demasiadas consideraciones; también registraba tasas aceleradas de urbanización y la irrupción de las primeras camadas juveniles que, precisamente en las ciudades, empezaban a encarnar el "bono demográfico" que pronto se volcaría en nuevas, a la vez que precarias, formas masivas de ocupación y obtención de ingresos. Lo que luego sería el universo de la informalidad.

La crisis del Estado resentía estas mutaciones sociales y el reclamo subsiguiente de inclusión, pero la economía no la propiciaba, más bien la bloqueaba, y la política normal del autoritarismo lo que buscaba no era su encauzamiento en tanto se aferraba a la conservación de las formas de dominación imperantes. La disonancia resultante entre economía, sociedad y política no repercutía directamente sobre dichas formas y mecanismos de control y gobierno, lo que le imponía al reclamo democrático enarbolado por el PRD unos ritmos y una retórica, una estrategia, que no se correspondían con los humores de su militancia que creía en una suerte de sobredeterminación de la política por la economía que no se desplegó en la anunciada crisis institucional y política del Estado.

Desde su inicio, la democracia reclamada se probó difícil y los gobernantes aprovecharon los tiempos que tal dificultad les ofrecía para postergar el momento del ajuste político que, por otro lado, como se mostró después, era inevitable. Vayamos a un sucinto recuento:

I- Hace un cuarto de siglo que se constituyó el Partido de la Revolución Democrática (PRD), suma compleja entre los miembros de la Corriente Democrática encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y otros destacados priistas, quienes postulaban la posibilidad de una renovación del nacionalismo cardenista, y un heterogéneo contingente de la izquierda que así decidía dar por concluida la historia de su unificación como contingente socialista. Con la disolución del Partido Mexicano Socialista, parecía llegarse a un punto final del accidentado relato que arrancó en los primeros años del siglo XX, en 1919, con la creación del PCM y se desplegó a lo largo del siglo hasta arribar a las renovaciones que resultaron primero, en la conformación del PSUM y después del PMS.

Aprender a convivir en la nueva coalición de fuerzas en la que se agrupaban corrientes que discrepaban tanto en temas sustanciales como en las tareas a realizar y, al mismo tiempo, ser capaces de precisar objetivos de corto y mediano plazo, no resultó una tarea sencilla. No solo requería de una capacidad intelectual para llevar a cabo reflexiones de largo aliento, con la que el partido sin duda contaba en sus inicios, para identificar las

Aprender a convivir en la nueva coalición de fuerzas en la que se agrupaban corrientes que discrepaban tanto en temas sustanciales como en las tareas a realizar y, al mismo tiempo, ser capaces de precisar objetivos de corto y mediano plazo.

restricciones y las opciones políticas que se le presentaban sino, en una muy buena medida, de la voluntad de sus integrantes para apostar por un camino que, a más de ser realista, fuera transitable.

Así, se imponía una dura tarea pedagógica para construir visiones y dialogar para sustentar una unidad forjada en una coyuntura muy especial. Tales tareas se dificultaban no solo por la heterogeneidad de origen, sino por las condiciones de hostilidad y acoso desplegadas a todo lo largo del territorio por los poderes del Estado y los muchos poderes de hecho que formaron fila con él para contender con la nueva fuerza que emergía.

De esta suerte, lejos de que la naciente organización fuera capaz de construir un denominador común, donde el pluralismo democrático



quedara reconocido y articulado por un consenso, la fragmentación y el pragmatismo inmediatista se apoderaron del perfil de la organización y al final de cuentas de su discurso práctico, que sin más reproducía la diversidad de origen del Frente Democrático Nacional del que partía.

Sin renunciar al camino de los votos y rechazando la violencia, el PRD iniciaba su camino manteniendo una retórica antigobiernista que no parecía dispuesta a admitir el matiz, poniendo por delante la movilización social sobre las tareas elementales pero fundamentales propias de la organización del partido.

II- El discurso del PRD, siempre apegado a la legalidad, el derecho y las instituciones, no ha podido saltar del irrestricto compromiso democrático a proclamas congruentes con vocación transformadora. Combinar pragmatismo con visión de futuro y construcción ética, es una empresa que no se puede eludir; menos ahora, cuando pareciera que el ánimo crítico se ejerce solo en privado.

Vivimos un tiempo en el que con el pretexto de la globalización del mundo y del triunfo inconmovible de la democracia liberal, todos los gatos se han vuelto pardos. Las élites se fugan y celebran el fin de sus diferencias, mientras la desigualdad sigue su marcha imperturbable.

Se trata de un discurso que, en realidad, constituye uno de los grandes disolventes de cualquier proyecto de izquierda, o social demócrata como algunos gustan postular, porque ha llevado a confundir cosmopolitismo con fin de la historia, y al mercado y la globalidad con la desaparición de las idiosincrasias de las historias nacionales que han dado lugar a la emergencia y el desarrollo de los Estados, el hábitat por excelencia de una izquierda que se quiera propositiva, incluyente y democrática, pero también transformadora.

III- Para ser una fuerza de (re) construcción del orden estatal ahora con signo democrático, el PRD no puede renunciar al recuento de su propia historia como formación de izquierda, aparte de nacional y popular. Tampoco a la necesaria autocrítica. Lo que tiene por delante es un compromiso mayor: construir una plataforma programática para la acción en pos de una equidad social robusta dirigida a la igualdad, que no sea soslayada o pospuesta una y otra vez con pretextos varios. No debería haber equívocos: no hay superación efectiva de la cuestión social contemporánea si no se ataca de frente la desigualdad, no solo en

accesos u oportunidades sino en riqueza e ingresos. No habrá tampoco democracia productiva y eficaz, que no contemple explícitamente a la desigualdad como una amenaza central a su duración y reproducción.

Demostrar esta centralidad "negativa" de la desigualdad para el desarrollo democrático es una misión de la izquierda; las tareas de la derecha y de sus aliados liberales ha sido la de soslayar dicha centralidad. De aquí otra tarea: recuperar el sentido del Estado, como una condición sin la cual su reforma no puede concretarse en un diseño y unos acuerdos que involucren a todos los actores políticos y sociales sustantivos.

La izquierda moderna tiene que ser cosmopolita y empeñar sus esfuerzos intelectuales y políticos en la creación de formas y métodos que le permitan al país apropiarse de la globalización. Pero, a la vez, la izquierda tiene que ser popular y nacional, al asumir con firmeza y claridad que no hay recetas eficaces para el desarrollo que partan de la negación de la dimensión nacional y de la primacía del Estado. Es cierto que la equidad y la igualdad solo pueden alcanzarse con el concurso activo de la sociedad organizada; pero esta organización y esta capacidad de intervención solo tendrá sentido en el marco de un Estado democrático que sea social a la vez que constitucional.

IV- El PRD es, sin duda alguna, la mayor fuerza política creada por la izquierda en México, aunque su arraigo en la sociedad civil y los resultados electorales no arrojen dividendos del todo satisfactorios. Si bien las causas inmediatas de este desempeño haya que buscarlas en su división y los problemas internos relacionados con la organización y la dirección del partido, tal vez ya llegó el tiempo de asumir como eje el desgaste fehaciente de una forma de hacer política que se corresponde cada vez menos a las necesidades y exigencias de la sociedad mexicana. Una sociedad que, a pesar de sus dolorosas crisis económicas y rezagos abismales en el nivel de vida, se ha transformado y convertido en una sociedad abierta, rejega a cualquier ejercicio elemental y lineal de homologación.

En este sentido es posible proponer que la crisis que acusa al partido del Sol Azteca es de visión, de planteamientos estratégicos y de fines bien inscritos en una secuencia. Esta, más que una falla de diseño es una brecha cultural de máxima importancia por su impacto múltiple no solo sobre la izquierda sino sobre la sociedad toda. Quizá la urgencia de actuar siempre bajo condiciones adversas pospuso, sin fecha de término, el ajuste crítico con la herencia socialista y nacionalista de sus fun-



La izquierda moderna tiene que ser cosmopolita y empeñar sus esfuerzos intelectuales y políticos en la creación de formas y métodos que le permitan al país apropiarse de la globalización. Pero, a la vez, la izquierda tiene que ser popular y nacional, al asumir con firmeza y claridad que no hay recetas eficaces para el desarrollo que partan de la negación.

dadores, dejando también pendiente la discusión sobre temas medulares como la desigualdad y la pobreza moderna que, junto con el mal empleo y la violencia desatada, tienen a la sociedad mexicana atrapada entre el miedo y la falta de expectativas.

Es en relación con este vacío ideológico que, me parece, puede explicarse la importancia adquirida por el llamado "pragmatismo" que desprecia el pensamiento crítico, la cultura y la elaboración teórica, para fomentar las tendencias clientelares, fortaleciendo el peso del caudillismo que erosiona toda pretensión de institucionalidad democrática.

Frente a lo dicho, ¿qué PRD es deseable y posible? Sugiero solo algunas características que en mi opinión urgen para una renovación:

Un partido que asuma con claridad que el compromiso democrático es punto de partida, pero también vía de tránsito.

Un PRD laico, siempre dispuesto a aprender e innovar, a partir de su propia historia y de la historia de la cual es parte.

Un partido respetuoso de las instituciones; uno que ve en la protección y en la innovación del tejido social, en la búsqueda seria de los consensos, la esencia de su propuesta y su apuesta. Que no rechaza lo diverso, sino que por esa vertiente avanza en propósitos igualitarios, de justicia social, de utopías realistas que incluyen a todos y no expulsan a nadie.

Un PRD que retoma su compromiso con la igualdad y el rechazo al privilegio, la explotación, el abuso y la opresión social y política, pero al mismo tiempo es respetuoso del método y los criterios del orden democrático. Un partido plebeyo y ciudadano.

En fin, una agrupación abierta al mundo que no reniega ni renuncia a las lecciones de la historia; que tampoco desconoce la profunda raigambre histórica y cultural de los sentimientos de la nación mexicana.

Por ello es que la modernización del PRD, sin duda necesaria y urgente, supone otros criterios de evaluación y la imaginación audaz de alternativas de discurso, programa y organización. Para hacerlo solo cuenta con su capacidad para elaborar un nuevo proyecto de y para el país y para confrontarlo con el resto de la sociedad y las otras fuerzas políticas. Esto exige voluntad y compromiso.

De principio, y al final, lo que está en cuestión es recuperar un horizonte de largo plazo que a la vez sea realizable progresivamente de inmediato. Sin una izquierda fuerte en la sociedad y en el Estado, aquí y ahora, la democracia corre el riesgo de convertirse en mera formalidad, vaciarse de contenido.

Hace poco Alejandro Encinas afirmaba: "Es momento de una redefinición autocrítica; de recuperar identidad ideológica y nuestra vocación unitaria, manteniendo la lucha democrática y electoral, pero regresando al trabajo social a fin de superar el divorcio que mantiene con la gente.

"La izquierda partidaria se encuentra nuevamente fragmentada, en medio de un desdibujamiento político que confunde sus relaciones con el poder y establece alianzas con la clase política corrupta a la que se pretendía derrotar (...) Las izquierdas debemos asumir que hemos sufrido una derrota política, ideológica y cultural (...) Es momento de recuperar nuestra identidad opositora y nuestra capacidad de indignación ante el abuso y la desigualdad, reivindicar la noción del ser colectivo, del interés público y de la solidaridad; rescatando valores cívicos que fortalezcan el sentido de pertenencia a nuestra nación".[1]

De ser este el camino a seguir, entonces la mejor manera de fortalecer el sentido de pertenencia para el PRD, para la izquierda toda, es evitar equívoco alguno en cuanto a la primacía del gran tema social que define nuestro tiempo: no hay futuro democrático posible si no se atacan de frente la desigualdad y la pobreza. Tampoco habrá democracias productivas y eficaces que no contemplen a la desigualdad como amenaza central a su duración y reproducción.

Demostrar la centralidad negativa de la desigualdad para el desarrollo democrático; ver y proponer la igualdad como parte consustancial de la democracia moderna, es una de las tareas centrales de las fuerzas de izquierda que pugnan por renovarse y por fortalecer su sentido de pertenencia nacional ■

[1] Alejandro Encinas Rodríguez, "Primer informe de trabajo legislativo". Septiembre 2012-diciembre 2013, <http://www.alejandroencinas.com.mx/senado/images/pdf/informe_legislativo.pdf>.

ENRIQUE PROVENCIO

LOS PRÓXIMOS 25

A la invitación de *LaZurda* para comentar sobre los últimos 25 años de la izquierda, ensayo una respuesta pensando en los próximos 25. Es inevitablemente especulativa, pero también espero que sea informada. Escojo ese lapso no por simetría temporal, sino por tratarse del periodo que convencionalmente se usa para medir una trayectoria generacional y también para pensar en un nuevo ciclo de reformas para el cuarto de siglo que viene a partir de ahora.



Aclaro que no estoy seguro de que se esté cerrando o haya terminado el ciclo que empezó a fines de los ochenta, luego de la gran crisis de 1982-1983 y años siguientes. El mantra de este ciclo ha sido y sigue siendo el tema de las reformas estructurales, como detonadoras y conductoras de una transformación que no solo nos llevaría a una etapa de crecimiento, sino también a un nuevo ciclo de desarrollo, equitativo, convergente y sustentable. En su libro más reciente Jaime Ros ha sostenido que, urgentes o no, las reformas estructurales no necesariamente producirán un aumento de la inversión ni de la innovación, y tampoco una mejor distribución. En otras palabras, que no cambiarán necesariamente la tendencia de los últimos 25 años.

Hay por lo menos ocho grandes áreas que serán decisivas en las dos décadas y media que vienen. Para redondear me referiré al 2040 como término de este lapso.

1. Nuestro escenario demográfico más probable. En 2040 México tendrá 25 millones de habitantes más que en 2014. Hay que hacerse cargo del hecho más duro de todos, pues se ha comentado muy poco que nuestra perspectiva poblacional cambió mucho después del Censo de 2010 y las sorpresas que este nos deparó. Seremos más de los que creíamos, y por tanto tendremos más presiones demográficas y de empleo en comparación con lo que pensábamos hace unos cuantos años. Nadie parece estar seguro de que las actuales estimaciones acertarán, pero eso es lo que hasta ahora sabemos y sería fatal no hacernos cargo de este hecho fundamental. La nota buena es que el bono demográfico acabará un poco más tarde, alrededor del 2030, pero la mala es que tendremos más presiones durante más tiempo, y no se requiere ser un neomalthusiano para registrarlo.

De 1989 a 2014 la población mexicana aumentó en 34 millones, aun con la elevada emigración, que en algunos años rebasó las 600 mil personas. El México demográfico de ahora es cuarenta por ciento más grande que el de hace 25 años. En las siguientes dos décadas y media se sumará

Hacer buena política exige definiciones en el aquí y ahora, cierto, pero hacerla mejor supone saber si esas decisiones están alineadas con las visiones de largo alcance. Requerimos destrezas estratégicas, que ya no se resuelven con los antiguos procedimientos de planeación, sino con diálogos sociales, capacidades adaptativas, flexibilidad institucional. Aquí hay una diferencia esencial para la izquierda en los próximos años: asumir la visión estratégica como parte de una política ilustrada que use los mercados hasta donde sea prudente.

casi un millón de personas por año. Nada de esto sería preocupante si estuviéramos en una trayectoria sostenida de desempeño económico, creación de empleos formales, comportamiento positivo de la productividad, flujos aceptables de inversiones, oferta de servicios, disponibilidad suficiente de recursos y servicios ambientales, entornos seguros y amigables, entre tantos otros requerimientos en los que ahora tenemos deficiencias.

El punto es simple, pero no menos exigente: requerimos visiones de largo alcance, que se expresen como rutas que se hagan cargo de las trayectorias de cambio. No digo para el 2040, sino para plazos más cercanos que no dejen de mirar los escenarios a los que nos enfrentamos. Todos repudiamos el cortoplacismo, pero no a todos les gusta mirar lejos, es más, a algunos les parece ocioso e ilusorio. Hacer buena política exige definiciones en el aquí y ahora, cierto, pero hacerla mejor supone saber si esas decisiones están alineadas con las visiones de largo alcance. Requerimos destrezas estratégicas, que ya no se resuelven con los antiguos procedimientos de planeación, sino con diálogos sociales, capacidades adaptativas, flexibilidad institucional. Aquí hay una diferencia esencial para la izquierda en los próximos años: asumir la visión estratégica como parte de una política ilustrada que use los mercados hasta donde sea prudente, pero que

aplique la acción colectiva y el Estado hasta donde se requiera. Lo central aquí es documentar, expresar, difundir, utilizar las visiones estratégicas y hacer política con ellas, a pesar de las incertidumbres con las que se tenga que lidiar.

2. Nuestro frustrante desarrollo. El señalamiento más común sobre los pasados 25 años es la incapacidad para consolidar un desarrollo exitoso, que cubra las nuevas necesidades de empleo, que remunere bien el trabajo, supere o al menos reduzca la pobreza a buen ritmo, que mejore la estructura distributiva. Señalamiento común, pero muy cierto. No hemos vivido en el estancamiento, cierto, pero entre 1989 y 2013 el producto por persona apenas se incrementó a una tasa anual promedio de 1.2 por ciento, lo que supone plazos muy largos para marcar un cambio notorio en la prosperidad. Las comparaciones son rotundas: nos hemos alejado de los países con los que más tratamos y que son referencia cercana. No se trata de comparar con nuestro propio pasado, sino con las épocas recientes, nuestras y de los otros. Hay un recurso muy usado para descalificar las visiones económicas críticas: decir que añoran el pasado. Falso. Yo no creo que estuviéramos mejor cuando estábamos peor… pero no logramos estar sustancialmente mejor y, aún más, muchos siguen estando tan mal como entonces.

Hemos crecido poco, con profundas crisis de por medio que nos alejan de una trayectoria aceptable, pero lo más probable es que la inestabilidad y el bajo crecimiento continúen. La expansión potencial con mayor probabilidad andará alrededor de 3.5 por ciento anual promedio en los próximos 25 años, aunque hay quienes piensan que puede ser menor. ¿Bastará eso para acelerar el desarrollo? No sería un mal comportamiento si la distribución mejorara, de hecho sería favorable en comparación con muchos otros países. El problema es que no es suficiente para superar los rezagos acumulados. Sin embargo, es posible que una perspectiva progresista del desarrollo deba centrarse más en la calidad del crecimiento y

del desarrollo. Entre 1989 y 2014 apenas se duplicó en tamaño. Aun con la tasa más probable de 3.5 por ciento anual promedio, hacia 2040 el tamaño de la economía mexicana sería aproximadamente 2.5 veces mayor que la de 2014, y eso supondrá un gran esfuerzo en términos de recursos, energía, impactos ambientales, usos del suelo. Por tanto el punto no es solo buscar una expansión económica sustancial, sino la calidad del desarrollo, en todo sentido.

3. El déficit democrático. Una de las mejores contribuciones de la izquierda en los últimos 25 años fue su participación en la construcción del sistema democrático y el compromiso con el sistema de partidos, aunque en ocasiones también ha contribuido a sus debilidades por el titubeo frente a las reglas electorales y por las deficiencias de la vida partidaria. El déficit democrático actual proviene no de los partidos, sino de la disfuncionalidad entre los grandes avances democráticos y las frustraciones del desarrollo. El tema ha sido bien identificado: la construcción de un sistema democrático sólido termina pasando por, y además requiere de, un cumplimiento progresivo y satisfactorio de los derechos sociales, del despliegue de la ciudadanía social.

Hacia adelante, y sin que pierda relevancia la consolidación y fortalecimiento de las instituciones democráticas, de los procedimientos electorales, es probable que adquieran mayor centralidad las reformas del régimen político y del sistema de gobierno, hacia poderes que ofrezcan mejores resultados sociales, decisiones más efectivas, que produzcan un desarrollo. Esto es, instituciones que siendo más representativas sean más democráticas por responder más al interés público, que no sean capturadas por intereses privados o de grupo.

4. Equidad y justicia en democracia de calidad. La relación eficiente entre desarrollo y calidad democrática no es la economía en general, sino la equidad y la distribución, el sentido de justicia e inclusión, la percepción de integración social, de participación

en los beneficios colectivos, la identificación de un horizonte de prosperidad como base de la realización humana. Ahora, además, tiene un mayor peso el conocimiento de la condición de los mejor ubicados en la escala social local y global, las aspiraciones más exigentes por el consumo simbólico.

Son estos aspectos, precisamente, los que generan insatisfacción y malestar en la democracia deficitaria, o de baja intensidad, como lo dice el PNUD en sus trabajos sobre democracia y desarrollo. Han sido, por lo demás, temas centrales en los que ha insistido la izquierda históricamente y que le dan algunas de sus principales señas de identidad. Para los próximos años, no pueden dejar de seguirlo siendo, sobre todo porque de ellos dependerá la calidad de la democracia. La lucha contra la desigualdad, por lo demás, ya adquirió una nueva actualidad global desde que se viene registrando una mayor concentración de la riqueza y del patrimonio, del ingreso y del consumo, entre otras razones por el mayor crecimiento de las tasas de rentabilidad del capital, sobre todo el financiero, en comparación con el crecimiento del producto y sobre todo de los ingresos salariales.

La antigua pulsión distributiva encuentra ahora nuevos aliados que entienden que la creciente concentración amenaza la propia salud económica del capitalismo y socaba las bases sociales de la democracia. En nuestro caso, a veces con más claridad que en otras naciones, es la insuficiente generación de trabajos remunerados, la precarización del empleo, el rezago histórico del salario y la desprotección sindical, lo que viene fortaleciendo las bases estructurales de la desigualdad. Con variaciones temporales, desde fines de los ochenta el trabajo informal no ha hecho más que crecer, y con ello se ha estancado la productividad. Así que en las próximas décadas la búsqueda de la equidad y la igualdad cobrará aún mayor protagonismo, y tanto por razones de consolidación democrática como de funcionalidad económica se

impondrá con mayor fuerza la necesidad de valorizar y dignificar el trabajo, de recuperar los salarios y de dotar a los trabajadores de condiciones de vida seguras. Ya se sabe el dato duro: entre fines de los ochenta y 2014 los salarios mínimos se contrajeron en una tercera parte, y los manufactureros en cerca de 15 por ciento. La recuperación salarial, la formalización del empleo, el estímulo de la productividad con beneficios compartidos, tendrán una mayor urgencia.

5. Nuevos retos del bienestar. En los próximos años, y en la próxima generación, el centro de la política nacional debería ser el abatimiento de la pobreza, y simultáneamente, la construcción de un sistema de bienestar que comprenda a los grupos y colectivos más vulnerables, hoy excluidos de la seguridad social, el sistema de salud, la educación media y superior y otros derechos. Hoy es más alto en número de pobres por ingreso que en 1989. Dentro de 25 años no deberíamos decir lo mismo.

En los próximos años, y en la próxima generación, el centro de la política nacional debería ser el abatimiento de la pobreza, y simultáneamente, la construcción de un sistema de bienestar que comprenda a los grupos y colectivos más vulnerables, hoy excluidos de la seguridad social, el sistema de salud, la educación media y superior y otros derechos. Hoy es más alto en número de pobres por ingreso que en 1989. Dentro de 25 años no deberíamos decir lo mismo.

Tal como están las cosas, no será posible abatir la pobreza, a no ser que se logre una combinación eficiente de mejoras distributivas, mejores tasas de crecimiento económico, recuperación salarial, sistemas más efectivos de transferencias hacia los grupos pobres y servicios de calidad en educación, salud, seguridad social, vivienda y servicios, entre otros aspectos. Es plenamente posible, con los recursos de que disponemos, alcanzar una reducción sustantiva de

la pobreza en el lapso de una generación humana, en los próximos 25 años.

Pero además el bienestar colectivo está amenazado ahora por razones no solo económicas, sino también por la inseguridad pública, que rápidamente se colocó como la causa más violenta, literalmente, de la pérdida de libertades básicas. Ahí seguirá estando otra urgencia, al menos hasta que se alcancen estándares de seguridad y paz aceptables. Aún más, la creciente vulnerabilidad ambiental es una amenaza mayor y cada vez más grave del bienestar. En este aspecto las tendencias también son ominosas: la disponibilidad de agua va rápidamente a la baja, la fragilidad urbana es cada vez más evidente, la pérdida de servicios ecosistémicos pone en entredicho la viabilidad de varios sistemas regionales. Estas amenazas demandan, con urgencia, una renovación de enfoques para hacer compatible la estrategia de sustentabilidad del desarrollo con la equidad y la superación de la pobreza. En este aspecto tienen más que decir los grupos sociales organizados, las asociaciones de base, que la izquierda de partidos.

6. Hacia políticas guiadas por derechos. Está en proceso un cambio fundamental a partir del reconocimiento de que el bienestar humano no puede dejarse al curso del desarrollo económico, sino que tiene que ser abordado como proceso de cumplimiento de los derechos humanos.

El respeto, protección, garantía y promoción de los derechos como obligación del Estado debería cambiar en los próximos años la manera de llevar a cabo las políticas y debería reordenar la legislación. Nos debería obligar a fijar una agenda para cumplir progresivamente los derechos haciendo énfasis en los grupos más rezagados y excluidos, fijando prioridades más estrictas para asignar mejor los recursos y bienes públicos. Las políticas guiadas por derechos no solo podrían darle horizonte práctico a la política social y a las propias visiones de largo plazo. Refuerza, además, otro de los campos en los que la izquierda ha realizado

grandes aportes en los últimos 25 años, la lucha por los derechos de género, por las libertades de personas con preferencias sexuales diferentes, y de otros colectivos que paso a paso siguen ganando el reconocimiento de sus derechos, y que en general han tenido como aliada a las izquierdas. Este proceso, sin embargo, apenas ha iniciado: su consolidación resultará esencial para el fortalecimiento de las libertades y también para un sistema de bienestar no discriminatorio.

7. Cauces para una sociedad más heterogénea e interrelacionada. No es contradictorio señalar que el desarrollo ha sido frustrante, cada vez más concentrado, con una pobreza creciente o al menos estancada, y a la vez decir que los modos de vida han cambiado positivamente, que muchos de los indicadores sociales –al menos los cuantitativos– han seguido avanzando, y que en general somos ahora una sociedad más compleja e incluso sofisticada. En realidad son dos proceso paralelos, pues por un lado la innovación ha vuelto accesibles bienes de consumo masivo antes exclusivos, ha cambiado el concepto mismo de entretenimiento y comunicación, y por otro, los cambios estructurales han propiciado una mayor difusión de bienes, aun en el contexto de bajo crecimiento del ingreso medio propiciado por el mayor número de trabajadores por hogar y el mayor tiempo de trabajo. Por otro lado, la estructura del gasto se ha distorsionado a favor de los nuevos bienes de consumo masivo, generando una restricción al consumo de bienes esenciales.

Ya se sabe que en realidad este proceso no ha desembocado en el aumento acelerado de la clase media, sino más bien en un consumo de mala calidad, de la vivienda precaria y el transporte público, por poner dos ejemplos. Hacia 2010 la clase media no llegaba aún al 40 por ciento de la población, y solo el 2.5 se ubicaba por encima. El resto seguía por debajo de la clase media. Aun así, es indudable que la sociedad más y mejor comunicada, con más habili-

dades en el uso de tecnologías de la información, mejor vinculada, ha creado una población más observadora y demandante, aunque no necesariamente más participativa. Aquí está otro reto para las izquierdas en los próximos años: sensibilidad ante una sociedad más exigente y sofisticada, que espera soluciones innovadoras, y que no siempre percibe la necesidad de políticas más igualitarias.

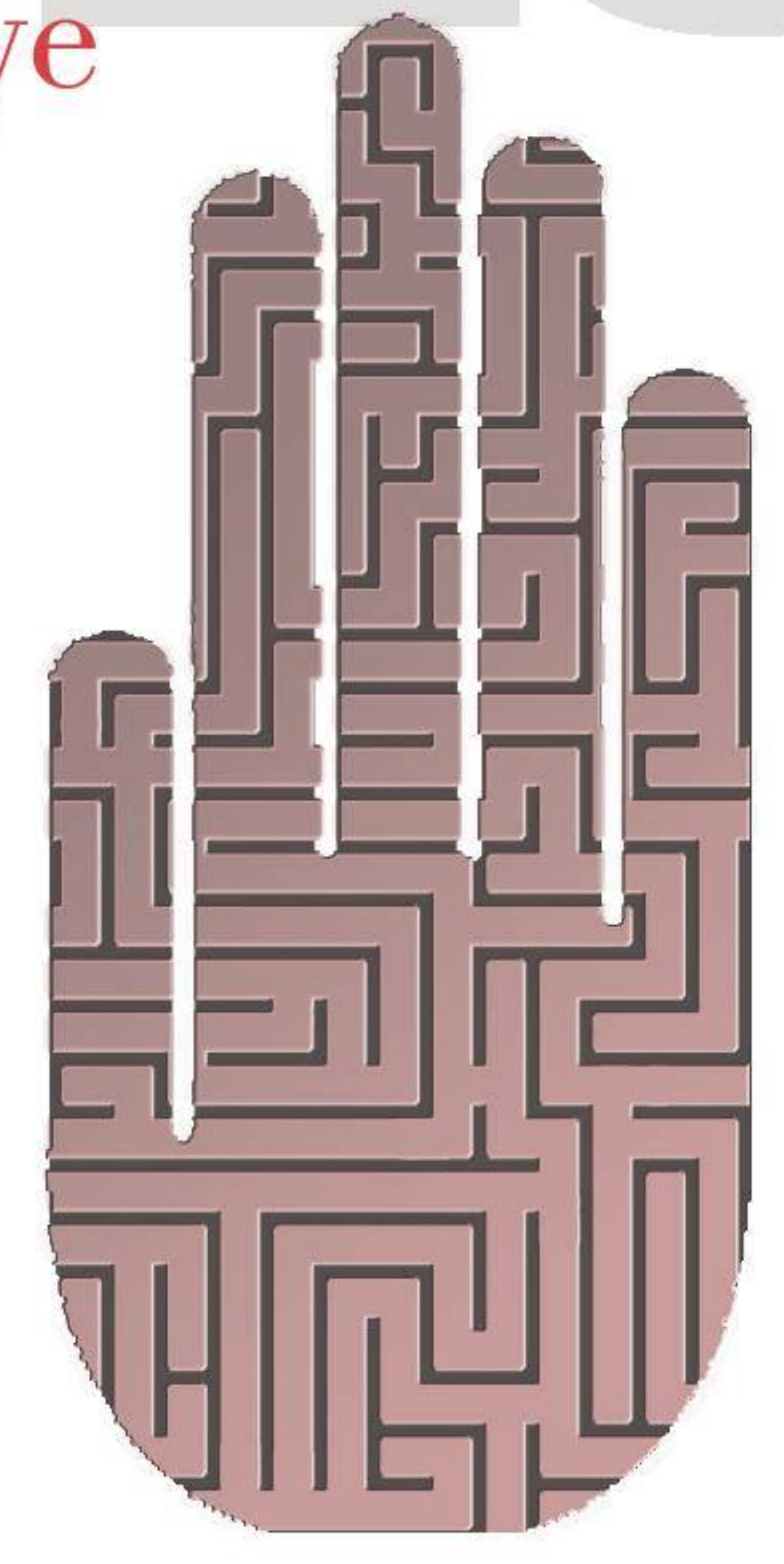
8. Una población que crecerá en 25 millones, un crecimiento que requiere ser acelerado pero sobre todo mejorado en su calidad, una democracia de más intensidad, un cumplimiento efectivo de derechos, una sociedad de bienestar y tantos otros retos vinculados exigirá instituciones mejoradas más eficaces. La reforma pendiente sigue siendo la del sistema de gobierno. Hemos mejorado en transparencia y acceso a la información, en lo que también contribuyeron las izquierdas en forma decisiva, pero nos perciben y nos percibimos como una sociedad más corrupta. Se hicieron remiendos de todo tipo, pero nos vemos y nos ven como más ineficientes e improductivos.

Entre todos estos ominosos procesos también se fue debilitando la idea de que es posible un desarrollo efectivo, incluyente. El discurso hegemónico ha sido tan intenso, que incluso en una parte de la izquierda terminó por imponerse la idea de la desconfianza en el desarrollo, o al menos en algunos de sus principales instrumentos, por ejemplo el de la fiscalidad. La realidad es que de no cambiar las cosas en la política tributaria, al terminar la presente década seguiremos siendo un país con una de las estructuras fiscales más débiles, y tendremos que seguir buscando formas de financiar los bienes y servicios públicos que requerimos.

El anterior es solo un ejemplo. Lo más probable es que tengamos que reformar de nuevo las reformas, que tengamos que seguir encontrando cauces para superar el desarrollo frustrado y para consolidar el cambio democrático que tanto esfuerzo ha requerido. En este sentido sí habría que decir que necesitamos un nuevo ciclo de reformas para los próximos años ■

DOLORES PADIERNA

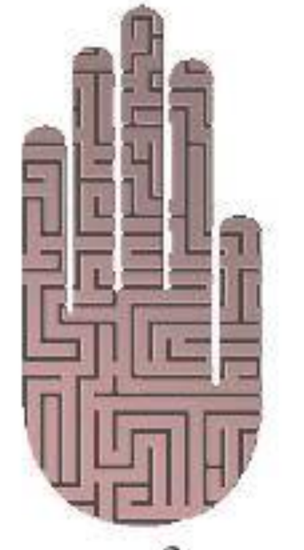
25 años del PRD: la izquierda construye sólo si no se diluye



Fuera de la propaganda del gobierno, nada ha cambiado en esencia desde el 1 de diciembre de 2012. Los dos sexenios de la alternancia y lo que va del presente régimen de la restauración priista han provocado un gran daño a la confianza de la población en las virtudes de la democracia: la economía va de mal a peor, la desigualdad se ha profundizado, la inseguridad explotó como nunca antes y no se ve la paz ni la justicia en un horizonte cercano.

El descrédito de la política, el alud de casos de corrupción y el abandono por el Estado de su responsabilidad de garantizar la seguridad de las personas y sus bienes, ha dado paso a una suerte de decepción ciudadana con nuestra incipiente democracia.

En el frente interno, la izquierda mexicana vive un profundo proceso de recomposición. Después del proceso electoral de 2012, Andrés Manuel



López Obrador abrió la ruta para su salida del Partido de la Revolución Democrática y la conformación de Morena como partido político nacional. Desde la fundación del PRD en 1989, se había caminado en una lógica de unidad, de cohesión interna, con el conjunto de las fuerzas progresistas; hoy vemos una ruptura significativa que pasará por la competencia entre las izquierdas, además de con el PRI y el PAN, al menos en las elecciones del 2015.

En ese complejo escenario, este 5 de mayo de 2014, el PRD llega a su 25 aniversario. A lo largo de cinco lustros, se ha logrado consolidar como la principal fuerza política de la izquierda mexicana. No se puede entender el México contemporáneo sin el aporte y la presencia del PRD en la vida política nacional.

Este aniversario debe servir para hacer un balance serio del papel del PRD en la lucha por la transformación democrática de México. Han sido 25 años de resistencia, de lucha, de logros, de frustraciones, incluso de traiciones. Las nuevas condiciones que enfrenta el PRD después de las elecciones del 2012 y del regreso del PRI a Los Pinos, imponen hacer un alto en el camino y definir la estrategia más conveniente para el partido y el país en la lógica de derrotar la continuidad neoliberal y la intención de consolidar el bipartidismo de derecha en nuestra patria.

El PRD comenzó a gestarse en las elecciones presidenciales de 1988, en las cuales el régimen cometió un fraude contra las fuerzas aglutinadas en torno a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas. En algún sentido, el nacimiento del PRD fue una salida a la crisis derivada del robo electoral.

La insurgencia cívica-popular de 1988 encontró en la creación del PRD una alternativa política para continuar la lucha por la democratización plena del país y por un modelo económico, político y social propio para México, ajeno al dogma neoliberal.

El PRD nace en el contexto de la caída del socialismo real, la desaparición de la URSS y el surgimiento de una nueva izquierda en América Latina. Le corresponde, desde sus primeros años, asumir la lucha en contra de las políticas de ajuste neoliberal y la construcción de un nuevo modelo de desarrollo económico con equidad e igualdad. Una lucha que ciertamente no puede disociarse de la derrota del

El PRD comenzó a gestarse en las elecciones presidenciales de 1988, en las cuales el régimen cometió un fraude contra las fuerzas aglutinadas en torno a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas. En algún sentido, el nacimiento del PRD fue una salida a la crisis derivada del robo electoral.
La insurgencia cívica-popular de 1988 encontró en la creación del PRD una alternativa política para continuar la lucha por la democratización plena del país y por un modelo económico, político y social propio para México.

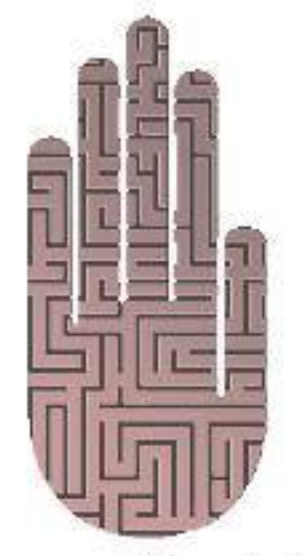
sistema del partido de Estado y la democratización a fondo del país.

Desde su surgimiento y hasta fechas recientes, el cemento que une al PRD son liderazgos fuertes (Cárdenas y López Obrador), una característica que va de la mano del complejo proceso de unidad de las izquierdas que su propio nacimiento entraña, lo cual también marca su pluralidad y la intensidad de su vida interna.

Para una buena parte de la izquierda, el surgimiento del PRD implicó romper el aislamiento y la marginalidad política, para pasar a formar parte de un partido de izquierda democrático, legal, electoral y de masas. A partir de 1988 la izquierda se erigió en una verdadera alternativa de poder, una opción real frente al proyecto neoliberal y el bipartidismo de derecha.

En sus cinco lustros de vida, el PRD no solo ha enfrentado a otras fuerzas políticas, sino a una alianza de las fuerzas de la derecha y a la oligarquía nacional empeñada en impedir a toda costa el arribo de la izquierda al poder federal. Por eso hemos padecido la defraudación electoral y el linchamiento mediático, como ocurrió en los comicios de 1988, 2006 y 2012.

En la conformación del Frente Democrático Nacional (FDN) y, posteriormente, del PRD, se hicieron presentes diversas corrientes y tendencias de la izquierda mexicana: la Corriente Democrática y su nacionalismo revolucionario emanado del PRI y expresado en la figura de Cuauhtémoc Cárdenas; la izquierda electoral-reformista representada en el Partido Mexicano Socialista (PMS); las corrientes de la izquierda revolucionaria antielectoral que se subieron a la ola electoral y popular del cardenismo;



organizaciones de los movimientos urbano, campesino, sindical, estudiantil; el movimiento feminista; ciudadanas y ciudadanos con una visión progresista y nacionalista sin ninguna referencia de participación política previa a la coyuntura de 1988.

La declinación de Heberto Castillo a su candidatura presidencial contó con el apoyo del PMS. Se fortaleció así la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, pero no fue el único logro, pues esa decisión afianzó también un proceso unitario de las izquierdas y condujo a la fundación del PRD en 1989.

Naturalmente, por las condiciones de su surgimiento, el PRD estuvo marcado siempre por una gran diversidad ideológica y política. Esa marca lo ha dotado de las ventajas de la pluralidad, pero también de una compleja vida interna.

En los primeros años de su existencia, el PRD enfrentó una política dirigida a exterminarlo. Durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) más de 500 militantes perredistas fueron asesinados. La "intransigencia democrática" permitió al partido sobrevivir y consolidarse, pero no fue suficiente para lograr el triunfo electoral en 1994, un año, por lo demás, signado por el alzamiento zapatista, el asesinato de Luis Donaldo Colosio y la estrategia del "voto del miedo" encabezada por el entonces partido hegemónico.

En 1997, sin embargo, el PRD pudo cosechar los frutos de su tenacidad y su congruencia: se levantó como segunda fuerza electoral y ganó el Gobierno del Distrito Federal con Cuauhtémoc Cárdenas como candidato y Andrés Manuel López Obrador como presidente nacional del PRD. En la capital del país, la ciudadanía manifestó con claridad su hartazgo de la corrupción y el autoritarismo priista y, al mismo tiempo, reconoció la trayectoria y los aportes de Cárdenas a la transformación democrática del país.

Al frente del gobierno de la mayor ciudad del país, el PRD ha tenido que enfrentar un permanente golpeteo y una estrategia de desgaste diseñada por los sucesivos grupos que han encabezado el Gobierno federal. No resulta ocioso recordar, entre muchos otros episodios, la pretensión de linchar a Cárdenas a propósito del asesinato del conductor Paco Stanley; los llamados video escándalos; el desafuero de López Obrador; los embates de la jerar-

quía católica debido a los avances legales en materia de despenalización del aborto y uniones de personas del mismo sexo y la destitución de Marcelo Ebrard de la Secretaría de Seguridad Pública.

Los ataques han sido permanentes, aunque de distinta intensidad a lo largo del tiempo, pero no han podido evitar que la ciudadanía reconozca y valore los cambios y los avances impulsados por los gobiernos perredistas.

Por esa razón, desde 1997 el PRD no ha perdido la mayoría en la capital del país. El Distrito Federal se ha consolidado como bastión del PRD y la izquierda a nivel nacional y se ha convertido, a su vez, en un gran laboratorio de políticas sociales ejemplares y de avances inéditos en la consolidación de las libertades democráticas.

El D. F. ha sido también la gran catapulta en la disputa por la nación en contra de la derecha bicéfala del PRI y el PAN. En ese hecho radica la importancia de fortalecer un ejercicio de gobierno apegado a los principios de la izquierda, que permita avanzar en la construcción de una ciudad de derechos sociales, libertades y progreso.

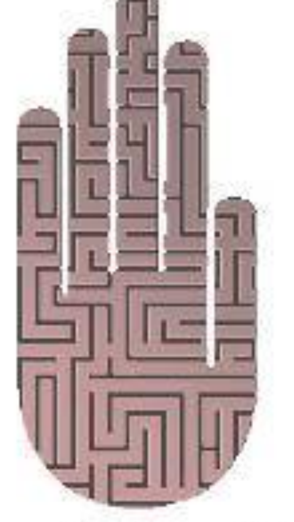
El fin de la hegemonía priista en 2000 vino, contra lo que muchos esperábamos, por el lado del PAN y su candidato, Vicente Fox. Varios personajes de la izquierda se sumaron al llamado "voto útil" y contribuyeron así a los 12 años de catástrofe panista.

Acción Nacional traicionó a los electores que buscaron un cambio, y sus dos administraciones estuvieron marcadas por un gatopardismo que dejó intocadas las estructuras de dominio del viejo régimen.

Tan fue así, que solamente el uso faccioso de los poderes de la Presidencia y el fraude electoral hicieron posible el "triunfo" de Felipe Calderón en 2006. El poder mediático y la complicidad del PRI posibilitaron una segunda administración panista, misma que abrió la puerta al retorno del dinosaurio tricolor seis años más tarde.

En el 2000 también cambió la correlación de fuerzas dentro del partido. La llegada de López Obrador al Gobierno del Distrito Federal lo proyectó como la figura central del perredismo y la izquierda a nivel nacional, e hizo posible que se convirtiera en candidato presidencial en 2006 y 2012.

Tras la calificación de la elección presidencial de 2012, López Obrador decidió romper con el PRD e iniciar la ruta de construcción de



un nuevo proyecto partidario. Se trata, obviamente, de la principal ruptura en los 25 años de la vida del partido. Un quiebre que, además, perfila un escenario de división y fuerte competencia entre las izquierdas en el posicionamiento cotidiano frente a los grandes temas del país y en los procesos electorales de 2015 y 2018.

Las elecciones internas de marzo de 2008 siguen marcando hasta hoy la vida del PRD. Jesús Ortega fue impuesto como presidente nacional por el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, que hizo a un lado a Alejandro Encinas. Tal determinación causó una fuerte polarización interna y el distanciamiento de la dirección nacional del PRD de López Obrador, principal liderazgo de la izquierda hasta 2012.

En los comicios federales de 2009 se expresaron de manera nítida los costos de esa confrontación, pues el PRD solo logró el 12 por ciento de las preferencias electorales, en parte a causa de una dirección errática y sin liderazgo interno. La unidad de las izquierdas se pulverizó y el distanciamiento con López Obrador se agudizó, como lo mostró de manera cruda la elección de la jefatura delegacional de Iztapalapa.

A raíz del fraude electoral del 2006 y la conformación del Gobierno Legítimo encabezado por López Obrador, el partido se vio inmerso en un debate sobre la caracterización del régimen del PAN,

A raíz del fraude electoral del 2006 y la conformación del Gobierno Legítimo encabezado por López Obrador, el partido se vio inmerso en un debate sobre la caracterización del régimen del PAN, que dividió al conjunto de la izquierda. De un lado, se planteó la necesidad de desconocer a un gobierno espurio y mantener la resistencia; del otro, se sugirió el acercamiento y la negociación con el PAN y su gobierno. En la dirección nacional del PRD, hegemonizada por la corriente Nueva Izquierda, imperó la segunda visión, cosa que no sucedió entre los militantes de base ni entre los cuadros medios del partido.

que dividió al conjunto de la izquierda. De un lado, se planteó la necesidad de desconocer a un gobierno espurio y mantener la resistencia; del otro, se sugirió el acercamiento y la negociación con el PAN y su gobierno. En la dirección nacional del PRD, hegemonizada por la corriente Nueva Izquierda, imperó la segunda visión, cosa que no sucedió entre los militantes de base ni entre los cuadros medios del partido.

Esta contradicción cruzó temas muy relevantes, como la política de alianzas. Como se recordará, la negociación con el PAN derivó en alianzas electorales en Sinaloa, Puebla, Oaxaca y Durango. En los tres primeros se logró el triunfo de los candidatos aliancistas, aunque a la postre el saldo haya sido negativo para el PRD.

La elección de gobernador del Estado de México fue el punto de quiebre de ese esquema aliancista, toda vez que Alejandro Encinas –quien contó con el apoyo de López Obrador– no fue abanderado del PAN.

A pesar del complicado escenario, en 2012 la candidatura presidencial del PRD y las izquierdas logró ser resuelta en unidad, lo cual contribuyó a fortalecer la candidatura de López Obrador. El derrumbe de la candidatura panista y hechos como el surgimiento del movimiento Yo soy 132, aumentaron las expectativas favorables a la candidatura de las izquierdas. Sin embargo, no fueron suficientes para derrotar la maquinaria de compra del voto y de defraudación que impuso a Enrique Peña Nieto en la Presidencia de la República.

El PAN había dejado de ser útil a la oligarquía y los poderes fácticos, que optaron por Peña Nieto con el fin de profundizar las reformas neoliberales, en especial, la privatización del petróleo y del sector energético nacional.

A la llegada de Peña Nieto a Los Pinos, la dirección nacional del PRD, con Jesús Zambrano a la cabeza, firmó, sin consulta en los órganos de dirección, el Pacto por México, una hoja de ruta para legitimar la presidencia del priista y un instrumento para domesticar a la oposición. Las reformas que derivaron del pacto (educativa, fiscal y energética, entre otras) probaron que se trataba de una herramienta para imponer una agenda que poco tiene que ver con el programa de la izquierda.

El Pacto estableció también un conjunto de reformas en el terre-



no político, dirigidas a la recentralización del poder. Es el caso, por ejemplo, de la creación del Instituto Nacional Electoral que sustituyó al IFE y que extiende sus facultades a los comicios locales.

La firma del Pacto por México y los tratos de Nueva Izquierda y sus aliados con el Gobierno federal provocaron, durante todo el año 2013, una profunda polarización en el PRD; un nuevo episodio, en realidad, de la contradicción profunda que marca al partido al menos desde 2008, cuando Nueva Izquierda llega a la dirección nacional.

El PRD llega a su 25 aniversario, repetimos, en un escenario sumamente complejo.

Asistimos ya a la aparición de preocupantes signos de restauración autoritaria, al tiempo que la violencia y la inseguridad siguen creciendo en todo el territorio nacional y la inmensa mayoría de la población sufre los efectos del estancamiento económico y el deterioro salarial.

El polo progresista del país debe abandonar las posturas sectarias y excluyentes, si se quiere enfrentar con éxito los retos de la aprobación de leyes secundarias así como los procesos electorales de 2015 y 2018.

La renovación de la dirección nacional del PRD está a la puerta y en ella nos jugamos el futuro del partido. Refrendar nuestra vocación de poder pasa por recobrar autoridad política y moral, así como la credibilidad de los ciudadanos. Y esa meta nos obliga a lograr la unidad interna y consolidarnos como el principal referente de la izquierda mexicana.

Para ello, es preciso que el PRD sea, a los ojos de los ciudadanos, una oposición de izquierda, democrática y progresista, claramente diferenciada del bipartidismo de derecha.

Nuestra renovación ocurrirá en agosto y un mes más tarde dará inicio el proceso electoral que culmina a mediados de 2015. Estas elecciones intermedias –en las que se renuevan la Cámara de Diputados y varios gobiernos estatales, incluyendo la Ciudad de México que gobernamos desde 1997– son un reto mayor para el PRD y el resto de las fuerzas de la izquierda.

La abultada y compleja agenda nacional demanda una presencia fuerte, activa, determinante de la izquierda.

El PRD, en tanto referente mayor de la izquierda mexicana, sigue teniendo la responsabilidad de impulsar transformaciones que constituyan verdaderas soluciones a las desigualdades sociales, de trabajar por un nue-

El falso izquierdismo, preñado de comportamientos sectarios, no puede ser tampoco el camino. La unidad de las fuerzas progresistas y de izquierda es indispensable, como lo demostró claramente la experiencia de la lucha contra la contrarreforma energética. La izquierda dividida no es viable, no es atractiva ni creíble.

vo modelo de desarrollo que sustituya al neoliberal y ofrezca a los mexicanos un futuro mejor.

El PRD tiene la obligación histórica y moral de seguir impulsando –en todos los espacios de su acción política– transformaciones y reformas que den viabilidad a la nación, así como de desarrollar estrategias que contrarresten las reformas neoliberales y que solo atienden a los intereses, acuerdos y compromisos de las élites. No se trata de aislarse ni de negarse acuerdos. Se debe dialogar, incluso acordar, pero de cara a la militancia y a la nación, con apego a nuestros principios y nuestro programa.

En esta coyuntura, juega un papel clave la Consulta Popular en materia energética. Llevarla adelante exige un PRD renovado, con iniciativa, articulado a los movimientos sociales y a la sociedad civil en movimiento.

El partido requiere alejarse, por lo demás, de dos visiones altamente nocivas: el colaboracionismo con el gobierno y el izquierdismo sectario.

Los colaboracionistas actúan con el convencimiento de que no existe más que una realidad, la que venden desde el poder presidencial. Tratan de convencernos de que la única izquierda viable es "la izquierda que construye", pero sus acciones son las de una izquierda que se diluye en los acuerdos vergonzantes y solo es capaz de aportar remiendos a las grandes líneas trazadas desde el Ejecutivo federal.

El falso izquierdismo, preñado de comportamientos sectarios, no puede ser tampoco el camino. La unidad de las fuerzas progresistas y de izquierda es indispensable, como lo demostró claramente la experiencia de la lucha contra la contrarreforma energética. La izquierda dividida no es viable, no es atractiva ni creíble.

En nuestro 25 aniversario debemos ratificar que el PRD es, ante todo, un instrumento de transformación, un instrumento del pueblo que sueña y trabaja por un México democrático, igualitario, justo y libre ■

OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO*

25

Izquierdas mexicanas, un debate

¿Es de izquierda un partido que establece pactos y alianzas con partidos y gobiernos de derecha? Solamente cuando existe una amenaza real de que organizaciones de ultraderecha puedan asumir el poder. Si no existe esta amenaza, es absurdo que un partido de izquierda lo haga, incluso que lo intente.

Izquierda y derecha son términos antitéticos, opuestos y cuyos objetivos son distintos. La primera está por disminuir las desigualdades sociales, económicas y políticas en un país y entre países; la segunda por mantener y, de ser posible, aumentar dichas desigualdades. Por lo tanto, si un gobierno es de derecha, es responsabilidad de la izquierda oponerse y aspirar a asumir el poder y usar este para la materialización de sus fines doctrinarios y políticos siempre en favor de la población mayoritaria y de la justicia social.

En México la suscripción del Partido de la Revolución Democrática (PRD) del Pacto por México, junto con el Partido Acción Nacional (PAN) y el Revolucionario Institucional (PRI) no fue para oponerse al gobierno priista de Peña Nieto (de derecha), sino supuestamente para influir en las decisiones de este. Esta trampa de "compartir" el poder, desde posiciones de izquierda, con un gobierno burgués es tan vieja como el *millerandismo*,[1] criticado ampliamente por varios pensadores de izquierda, entre ellos Rosa Luxemburg. Pero no solo es antigua sino ingenua, pues quien tiene el poder y con él responde a intereses de la clase dominante, no va a

[1] Término referido a las posiciones de Alexandre Millerand. En política se entiende por él una corriente en la socialdemocracia de colaboración con un gobierno burgués de claro corte conservador y en apoyo a su política antipopular.

cederlo –ni en partes– a la izquierda, por moderada que esta sea.

Además, en el caso del PRD hegemonizado por la corriente llamada Nueva Izquierda, haber firmado el pacto con el PRI fue contradictorio incluso en el discurso, pues meses antes de las elecciones de 2012, proponía establecer alianzas con el PAN, con el explícito interés de evitar que el tricolor recuperara la Presidencia del país o que ganara la gubernatura en algunos estados.

El PRD, partido que durante varios años fue emblemático de las izquierdas amalgamadas desde 1988, terminó, con trampas y golpes bajos internos, en manos de Nueva Izquierda y aliados, alejándose de las posiciones que, aunque nunca tuvieron definición precisa, intentaban ser de izquierda, de una izquierda no socialista pero claramente contraria a la visión neoliberal de la economía, la sociedad y la política.

Esta izquierda adherida al Pacto por México no solo no influyó en las reformas impulsadas por Peña Nieto, sino que fue utilizada por este de la peor manera. Una vez más, para variar, no se dio cuenta de que los triunfos del PRI, basados en un gasto excesivo durante sus campañas, serían el preludio de su marginación. En cambio el PAN, perdidoso en las elecciones de 2012, recuperó su lugar de socio (cómplice) del tricolor, como ya lo hiciera antes con Salinas y Zedillo

En México la suscripción del Partido de la Revolución Democrática (PRD) del Pacto por México, junto con el Partido Acción Nacional (PAN) y el Revolucionario Institucional (PRI) no fue para oponerse al gobierno priista de Peña Nieto (de derecha), sino supuestamente para influir en las decisiones de este. Esta trampa de "compartir" el poder, desde posiciones de izquierda, con un gobierno burgués es tan vieja como el millerandismo, criticado ampliamente por varios pensadores de izquierda.

cuando fueron presidentes del país. Los *chuchos*, como se les conoce popularmente a los de Nueva Izquierda, no quisieron comprender que las derechas se entienden entre sí y muy bien, que defienden lo mismo aunque sea bajo diferentes colores y que, cuando tratan de servir a sus amos, marchan juntas y al mismo ritmo de la música cacofónica pero bien orquestada, bajo la dirección de los más grandes intereses económicos del mundo.

Lo ocurrido con la reforma energética en diciembre de 2013 fue la cereza del pastel, que comenzó a cocinarse con la mal llamada reforma educativa y otras más que las izquierdas dejaron pasar y que en algunos casos aprobaron sin percatarse de que se trataba de una batería de reformas contra el pueblo de México. Cuando se dieron cuenta tardíamente de la imposición de la reforma energética, mediante la asociación de los partidos neoliberales (PRI, PAN y sus aliados) en el Congreso de la Unión y en la mayoría de los congresos locales, abandonaron el Pacto por México y se han planteado revertirla mediante una consulta popular (muy difícil de realizar), bajo la hipótesis de que podrían lograr una sustancial recomposición en la esfera legislativa en la elección intermedia de 2015. A mi juicio es poco probable, pese al optimista cálculo de que, con la consigna de echar abajo la contrarreforma (Cuauhtémoc Cárdenas), la izquierda se verá fortalecida para los comicios del año próximo.

Si bien es deseable que las izquierdas se unan, no parece cosa fácil ya que los afanes protagónicos y los intereses personales y de grupo lo han impedido desde hace dos décadas. Las diferencias de las llamadas *tribus* perredistas, ahora sin la militancia de quienes han conformado el Movimiento Regeneración Nacional (Morena), solo han sido pospuestas en coyunturas electorales, especialmente cuando López Obrador fue no solo candidato presidencial sino visto como el único que tenía posibilidad de triunfo. Pero que dichas diferencias se pospusieran no quiere decir que hubieran desaparecido. Más temprano que tarde se hicieron patentes una y varias veces. El mismo dirigente nacional del PRD, Jesús Zambrano, reconoció que la dispersión de la izquierda, su falta de unidad, facilitó que la reforma energética fuera sacada adelante por el gobierno. [2]

El gran problema es que las izquierdas mexicanas no han querido entender que si bien tienen diferencias entre sí, estas no deberían ser tan gran-

[2] Entrevista a Zambrano en *Milenio*, 22 de diciembre de 2013.

Si bien es deseable que las izquierdas se unan, no parece cosa fácil ya que los afanes protagónicos y los intereses personales y de grupo lo han impedido desde hace dos décadas. Las diferencias de las llamadas tribus perredistas, ahora sin la militancia de quienes han conformado el Movimiento Regeneración Nacional (Morena), solo han sido pospuestas en coyunturas electorales, especialmente cuando López Obrador fue no solo candidato presidencial sino visto como el único que tenía posibilidad de triunfo. Pero que dichas diferencias se pospusieran no quiere decir que hubieran desaparecido. Más temprano que tarde se hicieron patentes una y varias veces.

des (¿lo son?) como para no distinguir que sus mismas corrientes y tendencias no son el enemigo a vencer sino las derechas en sus varias versiones. Pareciera que no han querido comprender que las propuestas y objetivos de las derechas y las izquierdas no son ni pueden ser los mismos, ni siquiera aceptando que en el juego político a veces son imperativos ciertos grados de pragmatismo y de flexibilidad.

Peor aún, las izquierdas mexicanas, sobre todo partidarias, en su afán por no enfrentarse a las derechas en el poder han descuidado su identificación con los movimientos populares de los más pobres y excluidos, a veces incluso descalificándolos o calificándolos de radicales en lugar de hacer causa común con ellos, aunque sus tácticas de lucha sean diferentes. Pasan por alto que no se puede quedar bien con todos y que aun para fines electorales necesitan de las masas depauperadas y marginadas para vencer en su terreno a las derechas. Para que la gente vote por un partido de izquierda este debe convencerla de su proyecto y educarla políticamente para que también (y no solo los dirigentes, si acaso) aprenda a distinguir la diferencia de lo que sería un gobierno de izquierda y otro de signo contrario. No se puede ser de izquierda y a la vez darle la espalda a los movimientos sociales de los trabajadores y de los marginados, normalmente fragmentados precisamente por la falta de la dirección política que debieran ofrecer los partidos. Lo que

hemos visto en México en los últimos años es un buen número de manifestaciones sociales de descontento y de oposición, al margen de los partidos que debieron haber tenido la iniciativa o por lo menos acompañarlos en su lucha. Un divorcio casi absoluto, dos pistas casi paralelas, con muy pocas excepciones.

Finalmente, la agenda del progresismo, de moda en América Latina, no es ni debe ser la misma de las izquierdas. Para estas la agenda del progreso sin adjetivos debiera ser cuestionada en su esencia, es decir, en lo que representa en la lógica del capital y de la geopolítica mundial, en su significado de continuidad del sistema prevaleciente, el mismo que ha acrecentado la brecha entre ricos y pobres, el mismo que ha devastado la naturaleza en favor de los intereses industriales y de la agricultura como negocio en manos transnacionales. El progresismo confunde deliberadamente el crecimiento económico con el desarrollo, buscando el primero y no el segundo ni mucho menos la distribución de la riqueza mediante políticas para disminuir las desigualdades sociales, que es a lo que aspiran o deben aspirar las izquierdas, igual en la oposición que en el poder.

Mientras las izquierdas no bajen al nivel de las masas de trabajadores y desempleados, incluidos los más pobres del país, sus probabilidades de triunfo electoral son limitadas. La sociedad está urgida de una organización o de un frente político que aglutine y organice la oposición en México. Esta existe, ciertamente, pero no está organizada, razón por la cual su protesta, que es casi cotidiana y en diferentes lugares del país, no ha logrado cimbrar al poder institucional, cada vez más alejado de la atención y satisfacción de las necesidades populares del país. No se puede incidir en las políticas públicas para favorecer la disminución de las desigualdades sociales si quienes detentan el poder no ven una fuerte corriente opositora y propositiva bien organizada ■

---

*Profesor emérito de la UNAM, miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel 3) y de la Academia Mexicana de Ciencias. También colaborador de La Jornada. Su libro más reciente es Derechas y ultraderechas en México (Orfila, 2013). Una versión previa de este pequeño ensayo (con otro título) fue publicada para la comunidad de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, en Gaceta Políticas, febrero de 2014.

JOSÉ WOLDENBERG



25 AÑOS DEL PRD: SU RELACIÓN CON LA TRANSICIÓN Y LA DEMOCRACIA

En 1989 se fundó el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Y desde su nacimiento se convirtió en una de las tres fuerzas políticas más implantadas y relevantes del país. Resultó de la convergencia de una significativa escisión del PRI y de un piélago de agrupaciones políticas y sociales de izquierda, entre las que destacaba el Partido Mexicano Socialista (PMS), fruto a su vez de dos procesos de fusión previos.

La diversidad de las organizaciones que concurrieron al proyecto, explica muchas de las dificultades de su vida interna, pero fue quizá la mayor riqueza del propósito. En él desembocaba prácticamente toda la izquierda realmente existente. Desde 1979 hasta 1985 (las tres primeras elecciones federales, luego de la reforma política de 1977), las tres, cuatro o cinco opciones de la izquierda que aparecieron en la boleta electoral, sumaron en conjunto alrededor del 10 por ciento de los votos. Sin embargo, en 1988 y, como se sabe, al Frente Democrático Nacional, encabezado por el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas se le reconocieron oficialmente, en un cómputo más que viciado, el 30 por ciento de los votos. Un salto espectacular que le permitió a la izquierda salir de los márgenes de la vida política para situarse en el centro de la misma.

La historia del PRD tiene múltiples aristas. De tal suerte que las notas siguientes solamente se detienen en una dimensión: las

de las relaciones del PRD con la edificación de la democracia en nuestro país y su sustentabilidad. Ese ángulo no pretende sustituir otros y, por lo tanto, debe leerse como una pieza en un rompecabezas mucho más complejo. Además, la periodización que se presenta, no debe ser tomada con rigidez, sino como indicadora de tendencias e inflexiones.

La germinal democracia mexicana no se podría entender sin el aporte del PRD. Aunque –también hay que escribirlo– buena parte de las dificultades para el asentamiento de la misma se deben a las veleidades del propio PRD. Trataré de explicarme.

En ese renglón observo tres etapas diferenciadas: de 1989 a 1994, marcada por un tenso y polarizado conflicto con el Gobierno federal, lo que supuso una dura condición para la naciente organización, pero que le impidió al propio PRD elaborar un diagnóstico certero de lo que acontecía en el país. De 1994 a 2006, en el que el partido no solo concurrió a diferentes operaciones reformadoras que abrieron el paso a la democracia en nuestro país, sino que coadyuvó a asentar las rutinas que suponen la convivencia de la pluralidad en las instituciones del Estado. De 2006 a 2012 el PRD vivió bajo el signo de una falacia (el fraude electoral cometido en su contra en la elección presidencial), lo que lo incapacitó no solo para explotar todas las posibilidades que le abría su nueva situación, sino que, por desgracia, contribuyó a erosionar la confianza construida a lo largo de los años en las instituciones que sostienen el entramado electoral.

1989-1994

La primera etapa está marcada por el inescrupuloso manipuleo de los votos cometido en la elección presidencial de 1988. Los llamados y movilizaciones reiteradas, encabezadas por el ingeniero Cárdenas en demanda de limpiar la elección, fueron desoídas, lo cual generó un malestar expansivo. Si a ello sumamos el maltrato y el acoso persistente por parte del gobierno al naciente partido, se comprende mejor la irritación que cruzaba al llamado Partido del Sol Azteca. No obstante, el diagnóstico de la situación que

se vivía y de las posibilidades que portaba, estuvo marcado más por la rabia y el malestar que por una visión más o menos certera de los horizontes que estaban a la mano. Las elecciones de 1988 habían demostrado que el país no cabía ni quería hacerlo bajo el formato casi monopartidista que había encauzado la política hasta ese año. Y esos mismos comicios habían develado con una fuerza brutal que ni las normas ni las instituciones ni los operadores estaban capacitados para procesar con limpieza los resultados de una elección auténticamente competida. De esa situación se desprendían tareas específicas: reformas que posibilitaran que la diversidad política que había irrumpido con potencia y equilibrio en las urnas concurriera a las elecciones con garantías de imparcialidad por parte de las autoridades electorales y respecto a la voluntad popular. Por desgracia, el PRD se marginó de las operaciones reformadoras de 1989-90 y 1993 impulsadas por el gobierno, el PRI y el PAN. (Recordemos que la de 1989/90 fue la reforma que creó al IFE y al Tribunal Federal Electoral y la de 1993 la que estableció la fiscalización de los recursos de los partidos, entre muchos otros asuntos).

Los llamados y movilizaciones reiteradas, encabezadas por el ingeniero Cárdenas en demanda de limpiar la elección, fueron desoídas, lo cual generó un malestar expansivo. Si a ello sumamos el maltrato y el acoso persistente por parte del gobierno al naciente partido, se comprende mejor la irritación que cruzaba al llamado Partido del Sol Azteca. No obstante, el diagnóstico de la situación que se vivía y de las posibilidades que portaba, estuvo marcado más por la rabia y el malestar que por una visión más o menos certera de los horizontes que estaban a la mano.

Fue una etapa en la que el PRD fue más un acicate para las transformaciones democratizadoras que un constructor de las mismas. Sus movilizaciones, denuncias, proclamas, conflictos, fueron, sin duda, un motor de los cambios en un sentido democrático. Sin su presencia, voz y demandas, mucho de lo bueno que ocurrió en materia de apertura al pluralismo no hubiera sucedido.

Pero en los momentos en los que era necesario participar para transformar normas e instituciones, fue omiso porque su negativa a sentarse a la mesa con quienes lo habían agraviado, dejó en manos de otros las estratégicas tareas que estaban en el orden del día.

1994-2006

La segunda etapa resultó más que constructiva y provechosa. El levantamiento armado zapatista primero y el asesinato del candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosio después, fueron los aguijones de un venturoso cambio de actitud. Ante la incertidumbre, la preocupación y el temor que desataron esos eventos traumáticos, la dirección del partido y su candidato presidencial aceptaron concurrir a una operación política más que relevante. Luego de la firma de un acuerdo, el gobierno y los partidos –ahora sí con la participación del PRD– se sentaron a la mesa para otorgarse garantías mutuas a lo largo del proceso electoral que se encontraba en curso. Se trataba de atajar a la irrupción de la violencia con el expediente de la política inclusiva, concurrente, democrática. Y se logró. En aquellas jornadas el PRD dejó de ser solo un actor agraviado para convertirse en un impulsor consciente y responsable del cambio democratizador. Se sucedieron cambios constitucionales, legales, modificaciones en el IFE, acuerdos de su Consejo General y compromisos gubernamentales, que coadyuvaron a llevar a buen puerto unos comicios celebrados bajo la sombra de la violencia y la muerte.

Luego de las elecciones se llevó a cabo la reforma político-electoral más abarcadora y relevante de cuantas se hubiesen producido. Se modificaron normas en relación a los órganos electorales para reforzar la imparcialidad, las condiciones de la competencia para inyectarles equidad, se fortaleció la certeza remodelando el circuito jurisdiccional, se revisaron las reglas para la integración de partidos, agrupaciones políticas, frentes

Luego de las elecciones se llevó a cabo la reforma político-electoral más abarcadora y relevante de cuantas se hubiesen producido. Se modificaron normas en relación a los órganos electorales para reforzar la imparcialidad, las condiciones de la competencia para inyectarles equidad, se fortaleció la certeza remodelando el circuito jurisdiccional, se revisaron las reglas para la integración de partidos, agrupaciones políticas, frentes y coaliciones, se modificaron las fórmulas para la traducción de votos a escaños tanto en la Cámara de Diputados como en la de Senadores y se reformó en un sentido democrático el Gobierno del Distrito Federal. Y en toda esa operación, los diagnósticos, propuestas e iniciativas del PRD estuvieron presentes. Pesaron y contaron. (Cierto, al final, el consenso se rompió y la última parte del Cofipe solo fue aprobada con los votos del PRI, pero lo fundamental ya se había realizado).

y coaliciones, se modificaron las fórmulas para la traducción de votos a escaños tanto en la Cámara de Diputados como en la de Senadores y se reformó en un sentido democrático el Gobierno del Distrito Federal. Y en toda esa operación, los diagnósticos, propuestas e iniciativas del PRD estuvieron presentes. Pesaron y contaron. (Cierto, al final, el consenso se rompió y la última parte del Cofipe solo fue aprobada con los votos del PRI, pero lo fundamental ya se había realizado).

En esa etapa el PRD no solo fue motor y coautor de las reformas, fue uno de sus principales beneficiarios. Al año siguiente, con las primeras elecciones para Jefe de Gobierno del D.F., el PRD se alzó con el triunfo y desde entonces no ha dejado de gobernar la capital del país. Pero no solo el D.F. En distintos momentos –que rebasan el período analizado– ha gobernado estados como Guerrero, Michoacán, Tlaxcala, Zacatecas, Nayarit, Baja California Sur, Morelos, y en coalición Oaxaca, Puebla, Sinaloa. Además de un sinnúmero de ayuntamientos, mientras su presencia en el Congreso federal y en un buen número de congresos locales es más que significativa. En

esos años el PRD creció, se expandió, ganó adeptos. Acabó por ser, como decía Mitterrand, refiriéndose al Partido Socialista Francés, parte del paisaje nacional.

2006-2012

Entre 2006 y 2012, el casi triunfo presidencial del candidato Andrés Manuel López Obrador, se convierte en la sombra que le impide al partido asimilar su nueva situación y diseñar una estrategia a la altura de su peso y centralidad política. Como se sabe, las elecciones de 2006 han sido las más tensas y polarizadas de nuestra historia. Por apenas una diferencia del 0.56 por ciento de los votos, el candidato del PAN ganó la Presidencia de la República. No obstante, el candidato presidencial de la izquierda y la coalición que lo apoyó (destacadamente el PRD), descalificó los resultados y denunció un fraude. Fraude que hasta la fecha nadie ha podido probar, porque no existió (Cierto, se produjeron violaciones a la ley como la compra de publicidad en radio y televisión por "terceros" que estaban inhabilitados para hacerlo, e incluso fuimos testigos del delirante

> En el 2012, como producto de sus muy tensas relaciones, se produce el rompimiento más significativo de toda su historia. Encabezada por Andrés Manuel López Obrador, una corriente más que importante abandona el PRD para construir un nuevo partido (Morena). No es la primera escisión, pero sí la primera que revierte el largo proceso unificador que se inició con la creación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) en 1981. No se requiere ser vidente para entrever que en las elecciones del 2015 se dará una fuerte y dura lucha entre el PRD y Morena para ver cuál de las dos agrupaciones es la primera fuerza entre la izquierda.

intento de desafuero de Andrés Manuel López Obrador, pero no existió un fraude en el sentido de alterar los resultados de las urnas). Pero esa aseveración repetida una y otra vez, convertida prácticamente en un dogma de fe, en un elemento cohesionador de una comunidad política, no solo vulneró buena parte de la confianza construida hasta entonces en el sistema electoral, sino que le impidió al PRD convertirse en una fuerza más significativa en el circuito de toma de decisiones políticas. Otra vez, su fuerza institucional fue dilapidada y fueron otros (PAN y PRI) los que forjaron convergencias recurrentes en el espacio legislativo.

A pesar de ello, la implantación del PRD se refrendó una y otra vez. En elecciones locales y federales el PRD continúa siendo un referente obligado y significativo y en las elecciones presidenciales del 2012 volvió a ocupar –en coalición– el segundo lugar. No obstante, sus fricciones internas, sus corrientes enfrentadas, sus concepciones divergentes, vivieron en una misma casa y finalmente produjeron la más grande escisión en sus filas.

2012 en adelante

En el 2012, como producto de sus muy tensas relaciones, se produce el rompimiento más significativo de toda su historia. Encabezada por Andrés Manuel López Obrador, una corriente más que importante abandona el PRD para construir un nuevo partido (Morena). No es la primera escisión, pero sí la primera que revierte el largo proceso unificador que se inició con la creación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) en 1981. No se requiere ser vidente para entrever que en las elecciones del 2015 se dará una fuerte y dura lucha entre el PRD y Morena para ver cuál de las dos agrupaciones es la primera fuerza entre la izquierda. Pero siempre es más sencillo intentar ser historiador que pitonisa…

Por lo pronto (creo), el PRD ha entendido que coexiste en el escenario con otras fuerzas políticas e ideologías, y que ello no es un rasgo prescindible en un régimen democrático. Por el contrario, la pluralidad política es parte esencial de nuestra modernidad (contrahecha si se quiere), y no se requieren exorcistas sino políticos para vivir entre y con ella ■

25

UN CUARTO DE SIGLO

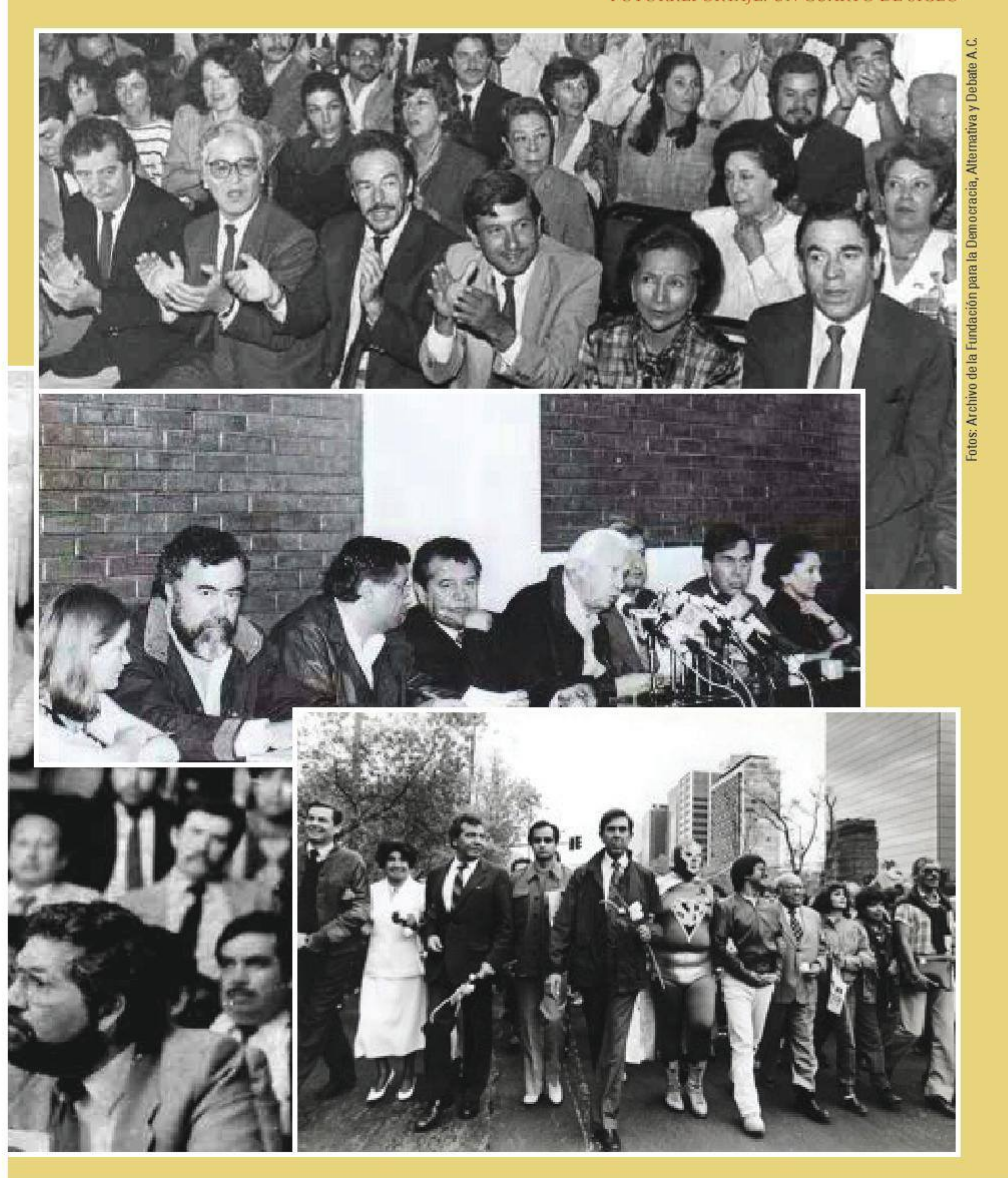
La declinación no es claudicación… Es entender la realidad histórica que vive México. Es justipreciar, ponderar racionalmente las circunstancias que vive la nación…

Pensé en todos aquellos que se quedaron en el camino luchando por las causas que yo lucho, en quienes murieron el 27 de octubre de 1967… el 2 de octubre de 1968 y el 10 de junio de 1971… Recordé que sus voces clamaban unidad revolucionaria para avanzar…

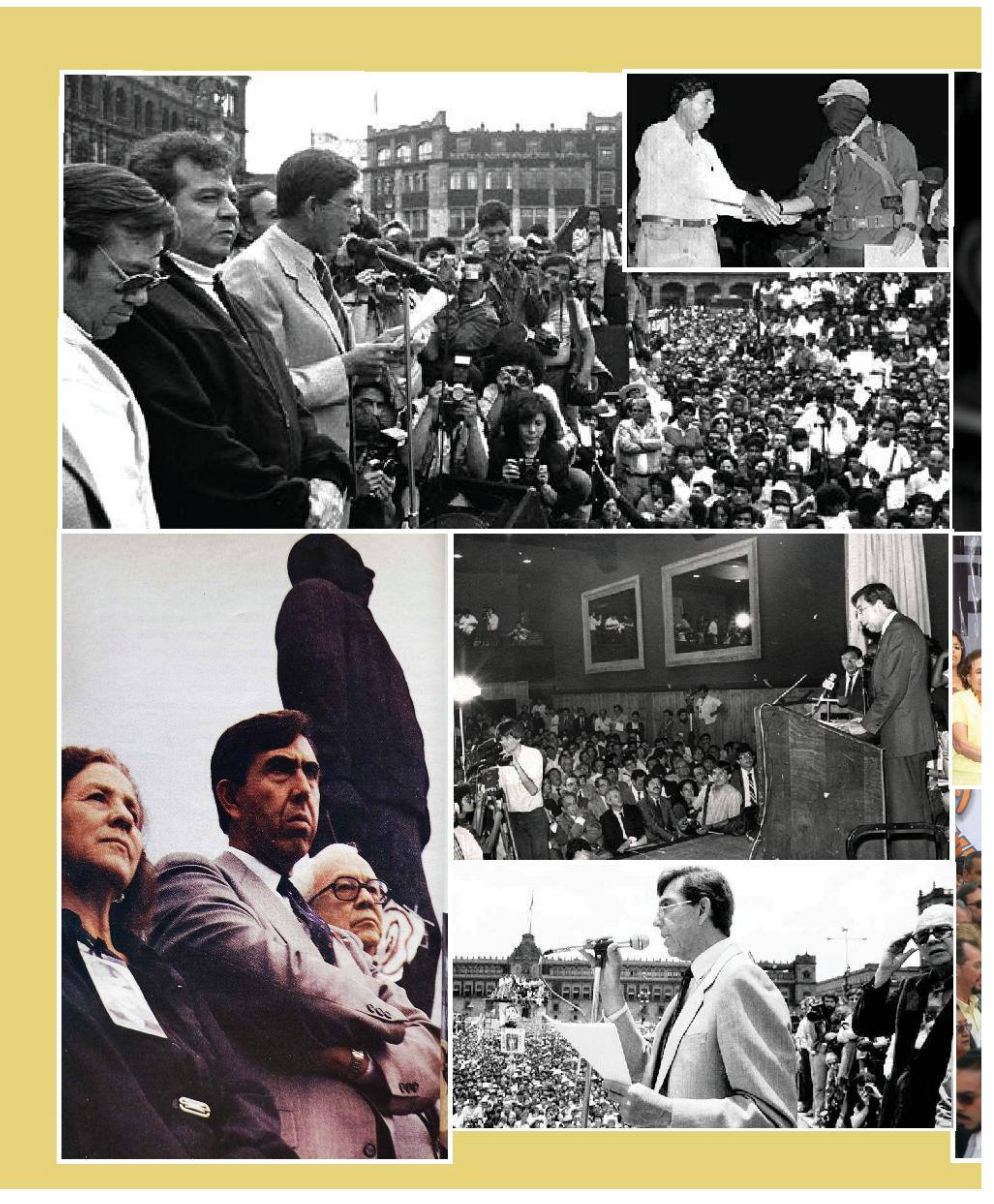
Y creo que nunca antes en mi vida había tomado mejor decisión.

Heberto Castillo, 1988.





Fotos: Archivo de la Fundación para la Democracia, Alternativa y Debate A.C.




PUEDE MÁS
¡La suerte está
en tus manos!
EL PETROLEO ES NUESTRO,
QUE NOS CONSULTEN
A TODAS Y TODOS


MIGUEL
RAMOS ARIZP


MIGUEL
RAMOS ARIZPE
HEBERTO
RAMOS ARIZPE
HEBERTO
NO A LA PRIVATIZACIÓN DE PEMEX

SAÚL ESCOBAR TOLEDO



25 años de historia (y la última crisis)

"hablaban de la crisis y de la guerra civil como algo remoto y ajeno, pero todos tenían un temblor evasivo en la voz y una incertidumbre en las pupilas que traicionaban las palabras".
"no se sentía con ánimos para vivir un día más en su patria de escombros".
"Aquel era su mundo, se dijo, el mundo triste y opresivo que Dios le había deparado, y a él se debía".

El amor en los tiempos del cólera
Gabriel García Márquez

Este breve ensayo podría empezar diciendo que el PRD atraviesa por una crisis, pero creo que ello podría parecer al lector la repetición de un "un viejo cliché".[1] En realidad no sería justo hacer un balance de 25 años del partido hablando solo de sus crisis. Pero también es cierto que no hay mucho de donde partir para hacer una verdadera historia completa y actualizada del partido. Los propios perredistas han (hemos) trabajado muy poco en hacer esta tarea.

Hace ya diez años Pedro Salmerón escribió un ensayo,[2] *Esquema para una historia del PRD* en el que afirma-

[1] La frase es de Pedro Salmerón en un escrito de 2001; ver más abajo.
[2] Pedro Salmerón, *Esquema para una historia del PRD*, ITAM, México, 2001.

ba que "a diferencia de los otros dos grandes partidos (el PRI y el PAN), el PRD no ha sido objeto de ninguna investigación académica que explique su existencia y su actuación". Y agregaba que "sobre el PRD hay algunos textos[3] que atienden alguna coyuntura particular, pero ninguno que dé cuenta de su historia". A esta bibliografía tan reducida que propone Salmerón, habría que agregar el acucioso trabajo de Adriana Borjas Benavente publicado en dos tomos también hace ya un rato (2003). Hay igualmente historias regionales del PRD: uno, de la capital del estado de Quintana Roo; otro, sobre el perredismo en Aguascalientes, y uno más que no se limita a Michoacán pero se centra principalmente sobre la vida del PRD en esa entidad.[4] Todos ellos con la característica común de haber sido escritos desde *dentro*, por militantes activos del partido. Además de estos textos, no hay muchos más.[5]

De la literatura extranjera, particularmente norteamericana, habría que mencionar, por ejemplo, el libro pionero de Kathleen Bruhn, *Taking on Goliath: the emergence of a new left party and the struggle for democracy in Mexico*, publicado por la Universidad Estatal de Pennsylvania en 1996; el impactante *Murder and politics in Mexico: political killings in the Partido de la Revolución Democrática and its consequences*, de Sara Schatz (Springer, 2011) y el muy discutible y reciente estudio de Dag Mossige, *Mexico`s left: the paradox of the PRD*, de 2013.

En cambio, dentro del partido ha habido poca preocupación por escribir una historia completa, si bien algunos dirigentes han tratado de organizar los archivos ahora bajo custodia y responsabilidad del Instituto Nacional de Investigación, Formación y Capacitación en Políticas Públicas y Gobierno. No estaría mal que, de manera institucional y con el apoyo de diversos

[3] Mencionó a Luis Javier Garrido, *La ruptura. La Corriente Democrática del PRI*, México, Grijalbo, 1993; y Marco Aurelio Sánchez, PRD: *El rostro y la máscara. Reporte de la crisis terminal de una élite política*, México, Centro de Estudios de Política Comparada, 2001; y PRD: La élite en crisis. *Problemas organizativos, indefinición ideológica y deficiencias programáticas*, 1999, México, Plaza y Valdés.

[4] Carlos Vázquez Hidalgo, *Cronología del desarrollo interno del PRD en Othón P. Blanco, Quintana Roo 1990-2010,* Ed. Del autor, México 2011; Carlos García, Daniel *El perredismo en Aguascalientes*, Ed. El Colectivo, México, 2000; Ensástiga Santiago, Mario. *Utopías y Realidades del PRD*, Ed. Del autor, México, 2010.

[5] Víctor Hugo Martínez González, (2005), *Fisiones y fusiones, divorcios y reconciliaciones: la dirigencia del partido de la Revolución Democrática (PRD) 1989-2004*, México, UNAM-FLACSO-Plaza y Valdés. Enrique Semo, *La búsqueda. La izquierda mexicana en los albores del siglo XXI,* México, Océano, dos tomos, 2003 y 2004. Este trabajo no es propiamente una historia del PRD sino una reflexión más amplia sobre la izquierda, pero hay que citarlo por la polémica que provocó en ese momento. Por su parte está el libro de Cuauhtémoc Cárdenas, *Sobre mis pasos,* Ed. Aguilar, México, 2010; un libro de memorias en las que el PRD tiene, por supuesto, un espacio muy importante. También como un ejercicio de reflexión general, no solo sobre el PRD, está: Moguel, Julio y Armando Bartra (coordinadores) *Los caminos de la izquierda*, Casa Juan Pablos, México, 2004.

centros académicos, o por encargo a diversas personas que contaran con los méritos para ello, se elaborara una historia general del PRD. Aunque no exenta de riesgos, se podría ordenar una gran cantidad de información y preparar una relato que diera cuenta, año con año, de sus victorias y sus fracasos. Hay experiencias como la historia del SPD[6] de Alemania, que resultan, si bien polémicas, también muy interesantes.

Así pues, un balance detallado y actualizado del PRD está por hacerse tanto por parte de los de afuera como desde adentro. En estas condiciones, solo cabe intentar una reflexión *del y desde el momento actual*. Este método, lo confieso, tiene un defecto: es difícil advertir los méritos y triunfos del partido a lo largo de estos años y desde luego nos gana la intención de hacer énfasis en los problemas, las pugnas y los errores actuales dejando a un lado las aportaciones y las vicisitudes de otras etapas. ¿Qué ha sido y qué ha representado el PRD en estos 25 años? Esa es todavía una pregunta sin muchas respuestas.

Sin embargo, para compensar un poco esta desviación y evitar en lo posible los lugares comunes o los juicios sumarios, hay que tratar de ver al PRD como parte de la historia más reciente del país. Y no desde el PRD mismo. Dice Salmerón que el PRD ha sido un "actor protagónico en el tramo final de la larga crisis del sistema político mexicano… y del fin de régimen (priista)… aunque haya otros actores de esta historia como el PAN y el EZLN". Habrá que explicar entonces los vicios y virtudes del partido no solo en función de la pugna interna, sino también de su papel en la historia del país que le tocó vivir.

Desde esta perspectiva, es claro que el PRD ha formado parte de ese complejo acertijo que es la realidad de México en los últimos 25 años: una historia en la que pasamos de un régimen de partido único, autoritario y represivo, al pluralismo político, la alternancia en el poder y elecciones competidas. Pero el PRD surgió también, en 1989, casi al mismo tiempo que el país iniciaba una ruta marcada por la globalización neoliberal que ha significado bajo crecimiento económico, y junto a ello, una extensión de la pobreza y la desigualdad. Un país donde no ha habido justicia plena para el más débil y en el que desde hace casi diez años, la violencia se apoderó de partes sustanciales del territorio.

En esta historia, habría que narrar la suerte de una izquierda que transitó muy rápidamente de su dispersión, semi-clandestinaje y bajos niveles de votación, para convertirse en un solo partido, el PRD, en una opción de millones de mexicanos que, desde 1997 y luego en 2006 y 2012, demostró ser una de las principales fuerzas políticas del país.

[6] Pothoff Heinrich y Susanne Miller. *The Social Democratic Party of Germany 1848-2005*, Editorial J:H:W: Dietz, Bonn, 2006. La versión en inglés, traducida por Martin Kane, es una actualización de la original en alemán; *Kliene Geschichte* der SPD 1848-2002, de la misma editorial, publicado en 2002.

Un partido que ha tenido que actuar en una realidad compleja. De un lado, México parece contar con instituciones que se transforman constantemente para construir una democracia moderna que se perfecciona día con día, mientras que, del otro lado, persiste una realidad en la que predomina la pobreza, la violencia, la corrupción y la impunidad y que hacen parecer a esas instituciones como una simple fachada. Esa polarización se da también en la economía y en la sociedad, donde convive un sector moderno compuesto de empresas y consorcios de punta con un sector tradicional, informal y atrasado. O entre sus regiones y dentro de sus ciudades. Esta polaridad parece haberse convertido en un hecho estructural y no solamente en una paradoja.

Entre el país *realmente existente* y sus instituciones, se ha creado una diferencia tan polar, una brecha histórica tan profunda que es natural que la política y sobre todo la política institucional sea vituperada desde la izquierda y la derecha, y se le vea como un teatro donde los actores se corrompen, fingen lo que no son y parecen absolutamente irresponsables y sordos a los reclamos de la gente común, del ciudadano.

En este contexto, los partidos son juzgados como meros instrumentos de poder personal. Este juicio alcanza no solo al PRI o al PAN, también, frecuentemente, a las organizaciones políticas de izquierda. Se les juzga como instituciones que ya no tienen nada que ver ni con ese intelectual orgánico que reclamaba Gramsci ni con la vanguardia proletaria que describía Lenin, bueno, ni como un mecanismo de expresión de las necesidades más elementales de los ciudadanos. Se han convertido, casi solamente, en maquinarias electorales.

En esta historia, habría que narrar la suerte de una izquierda que transitó muy rápidamente de su dispersión, semi-clandestinaje y bajos niveles de votación, para convertirse en un solo partido, el PRD, en una opción de millones de mexicanos que, desde 1997 y luego en 2006 y 2012, demostró ser una de las principales fuerzas políticas del país.

En estas condiciones, una parte de las izquierdas, principalmente el EZLN, algunos grupos radicales (sobre todo estudiantiles) y otras tendencias políticas, por ejemplo en el movimiento magisterial, han rechazado hacer política y reformar al sistema por medios de los partidos y dentro de las instituciones. De ahí la importancia que le dan a la táctica de la movilización callejera y la denuncia política de esas instituciones. En el caso de Chiapas, los zapatistas han logrado algo más: consolidar sus territorios bajo gobiernos autónomos, más allá de la legalidad y las instituciones nacionales.

Del otro lado, hay un gran número de organizaciones y desde luego los partidos llámense Morena o PT, MC o PRD que confían en que esas instituciones tienen que ser la vía para el cambio y única garantía, además de que el cambio pueda ser pacífico. Esta vía es todavía la opción de muchos ciudadanos que acuden a las urnas (y quizás también de muchos que no lo hacen) aunque expresen su inconformidad de diversas maneras. A pesar de todo, hay un sentir mayoritario de que resultaría peor renunciar al cambio y que para ello hay que disputar el poder por medios legales. La movilización callejera es necesaria, pero no suficiente.

Puede afirmarse que en las bases electorales, los militantes y las direcciones de los partidos progresistas no hay diferencias programáticas o ideológicas sustanciales. Tampoco en la estrategia general: la vía electoral para cambiar las cosas. Lo que los diferencia es el discurso: sus tácticas de negociación frente a esas instituciones y, claro, la necesidad de disputarse el voto cuando actúan por separado, disputa que no siempre tiene buenas razones. Volveremos sobre esto más adelante.

El deterioro de las instituciones no se da solo en México. Con la globalización neoliberal y sobre todo a partir de la crisis de 2008, se evidenció que estas instituciones tienen serias fallas. De ahí el auge de los movimientos en muchas partes del mundo, incluso en aquellos países que supuestamente tenían sistemas políticos más maduros, como Grecia, España o Italia. Si algo distingue este principio de siglo es la multiplicación de las expresiones que, en muchas partes del mundo, han elegido la calle y no la política institucional para manifestar su protesta. Los gobiernos han sido cooptados por las grandes corporaciones –gritan por todos lados– y solo la movilización ciudadana puede hacerles frente.[7]

Ligado a lo anterior, la crítica progresista más reciente se ha centrado en el tema de la desigualdad no solo como la característica natural más importante del capitalismo, sino también como la muestra evidente del carácter de las instituciones modernas que no han podido detener esa desigualdad y, por el contrario, se han encargado de administrarla.[8]

---

[7] Según *Avaaz*, una organización civil global fundada en enero de 2007 que presume contar con una membrecía de 34 millones en 194 países, de tendencia moderada, ligada indirectamente al Partido Demócrata de Estados Unidos y al laborismo inglés, que se ha convertido "en la red de activismo *online* más grande y más poderosa del mundo" según el diario *The Guardian*, en su más reciente encuesta encontraron que el 50 por ciento de la gente considera que el asunto más importante es "combatir la corrupción política, incluyendo la captura de las corporaciones sobre los gobiernos" y otro 39 por ciento consideró que lo más importante era conseguir "una política económica a favor del bien común por encima de una pequeña élite" cf., <www.avvaz.org>.

[8] Por ejemplo, los estudios del premio nobel, Joseph Stiglitz, particularmente *The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers Our Future*, W. W. Norton & Company, 2012, publicada en español bajo el título *El precio de la desigualdad*. O el más reciente y muy comentado libro del francés Thomas Picketty, *Le capital au 21e siècle*, apenas publicado en 2013. En América Latina el problema de la desigualdad se ha convertido también en tema central de los estudios de la Cepal bajo la dirección de Alicia Bárcenas.

Eso ha sido en muchas partes del mundo, pero en América Latina, desde hace más de una década la vía institucional se ha revelado como eficaz para las izquierdas y las oposiciones progresistas. Se han ganado elecciones, se han consolidado partidos y se han conquistado presidencias de la República y, con ello, se han realizado cambios de grandes proporciones. Las manifestaciones callejeras no han cesado tampoco aquí, pero la vía electoral ha demostrado ser algo más que una farsa. Se puede y se debe discutir la magnitud del cambio, pero es difícil desmentir los hechos: han logrado mejorar el nivel de vida de millones de familias, los estados han logrado mayor autonomía frente a la hegemonía norteamericana, se avanzó en la democratización de las instituciones y consiguieron implantar un esquema de crecimiento con distribución del ingreso que contrasta con el de otras regiones del mundo, es decir, un capitalismo reformado que ha logrado una mayor igualdad.

Entonces, las preguntas son: ¿se pude confiar en la vía institucional o no? Y en México, ¿por qué la vía electoral no ha sido posible, en particular para una opción progresista como sucedió en otros países de América Latina? ¿Es que en nuestro país esa vía está cancelada o es mucho más difícil? ¿O es un problema atribuible exclusivamente a los errores de la izquierda?

Esta discusión ha permeado al PRD desde su nacimiento, pues el partido surgió precisamente en un momento (1989) en el que se iniciaba la globalización neoliberal, se creaba un mundo unipolar por el derrumbe de la URSS (pocos años después) y persistía aún el régimen del PRI. Todo ello despertaba nuevas esperanzas en la vía electoral y al mismo tiempo las dificultaba; abría la posibilidad de conquistar un régimen democrático pluripartidista y de alternancia en el poder y mantenía muy alto la desconfianza en las instituciones del viejo régimen.

A lo largo de los años, parecía que estas dos tendencias tendían a conciliarse cada vez más, pero luego se polarizaron de nueva cuenta: fueron años en que el PRD se fortaleció y ganó cada vez más posiciones en los ayuntamientos, los congreso locales y el Congreso de la Unión, conquistó la capital de la República en 1997, luego en 2006 y 2012 estuvo a punto de acceder a la Presidencia de la República.

Pero precisamente en esos años se consolidó el neoliberalismo y la integración a Estados Unidos a través del TLCAN al mismo tiempo que la alternancia y los avances democráticos no parecían traer cambios benéficos para la gran mayoría de la población, ni un sistema político decente (transparente, menos corrupto, más participativo). El fraude de 2006 confirmó los peores vicios de estas instituciones democráticas, y los doce años del panismo en la Presidencia profundizó hasta límites insospechados la crisis institucional del país.

Así las cosas, en la izquierda la polémica se

hizo más enconada, sobre todo después de 2006. ¿Cómo conciliar la denuncia de las instituciones y la movilización contra ellas, con la vía electoral? Para el PRD, la posibilidad de cambiar las instituciones desde las instituciones mismas le planteó una serie de retos. ¿Cómo fortalecer una opción progresista dentro de las estructuras del poder? ¿Podría el partido conducir el cambio, o por el contrario, acabaría sometiéndose al *statu quo*?

Y es que el PRD también empezó a mostrar que no era impermeable al deterioro de la política. Muchos gobiernos municipales o estatales surgidos de sus siglas, por supuesto no todos, o bien se corrompían o no mostraban claramente una forma diferente de gobernar frente al PRI y al PAN. Al interior del PRD se crearon también grupos de interés que lograron no solo controlar el aparato burocrático del partido, sino también ámbitos de la administración pública para su beneficio. Las elecciones internas, sobre todo la de 2008, mostraron crudamente los vicios del partido y los extremos de ese deterioro.

La crisis del PRD hizo más complicado el debate sobre la táctica a seguir. Nadie descartaba la opción electoral o se planteaba renunciar a hacer política en las instituciones, sobre todo en y desde los gobiernos que se ganaban, mucho menos se ponía en duda la vía pacífica del cambio, pero las posiciones se polarizaron de nueva cuenta. La discusión sobre las alianzas electorales con el PAN y los acuerdos y negociaciones con el gobierno (panista o priista) tienen en el fondo un desacuerdo sobre el papel que el PRD debe jugar. ¿Debe ser el partido más opositor y menos negociador? ¿Debe hacerle más caso a la protesta callejera o a la lógica política de los acuerdos dentro de las instituciones? ¿Hay que ganar elecciones a toda costa o es más importante consolidar una fuerza propia, claramente progresista?

En los años recientes, una corriente del PRD, Nueva izquierda, de la que forman parte el actual presidente del partido, Jesús Zambrano, y su antecesor, Jesús Ortega, se fueron al extremo y decidieron adoptar, como única estrategia, la

El PRD también empezó a mostrar que no era impermeable al deterioro de la política. Muchos gobiernos municipales o estatales surgidos de sus siglas, por supuesto no todos, o bien se corrompían o no mostraban claramente una forma diferente de gobernar frente al PRI y al PAN. Al interior del PRD se crearon también grupos de interés que lograron no solo controlar el aparato burocrático del partido, sino también ámbitos de la administración pública para su beneficio. Las elecciones internas, sobre todo la de 2008, mostraron crudamente los vicios del partido.

negociación política. Ello, supongo, para compensar a la otra posición, encabezada por Andrés Manuel López Obrador, que sostiene que la lucha política institucional no importa hasta que se gane la Presidencia de la República. Más que un debate se abrió una pugna política. La posibilidad de adoptar una línea política en la que se combinara la negociación con la movilización fue descartada por ambas partes.

A esta problemática se sumó otra: ¿cómo reformar al PRD?

La disputa con Andrés Manuel López Obrador y su posterior rompimiento con el PRD no tiene que ver con una diferencia sobre la vía electoral o la vía pacífica, tampoco, en general, con diferencias programáticas, sino más bien con esas dos cuestiones: la reforma de las instituciones y la reforma del PRD. Si esto último es imposible, como afirman los promotores de Morena (lo que justifica la ruptura), lo primero es también irreal, a menos que el nuevo partido logre ganar la Presidencia de la República. Mientras tanto, toda o casi toda acción política en la vía institucional está cerrada.

Con ello, el debate se hace imposible y, lo más grave, se lleva la competencia entre las izquierdas a un plano fuera de lo programático e ideológico para centrarlo en el plano moral: nosotros sí vamos a reformar las instituciones desde el poder porque somos más honestos que ustedes.

En estas condiciones, la crisis se vuelve una crisis generalizada del movimiento progresista de México. No solo porque la división electoral puede llevar, naturalmente, a que todos pierdan frente a un avance de la derecha (PRI, PAN), sino también porque las opciones políticas de las izquierdas se polarizan para anularse entre sí: todo o nada puede negociarse; o todo o nada se conquista en las calles.

La única salida para evitar esta crisis general es demostrar que el PRD puede reformarse. Si esto no es posible, ello no solo fortalecerá a los detractores de este partido dentro de la izquierda, sino que también acentuará la fragmentación de todo el movimiento progresista. Morena y otros partidos como el PT pueden pensar que una crisis que debilite al PRD los va a fortalecer, más si este desaparece o se hace ingobernable. Pero pueden estar equivocados porque para muchos mexicanos el colapso del PRD puede representar el fracaso de la vía progresista de la reforma de las instituciones y del cambio pacífico. No solo está en juego la viabilidad de un partido, sino la de toda opción de cambio desde las izquierdas. Una situación peligrosa que puede durar mucho tiempo en revertirse.

La reforma del PRD es entonces un asunto que debería importar a todo el movimiento progresista y no solo a los afiliados o dirigentes de este partido. Y la mejor forma de mostrar ese interés para los de afuera no es por supuesto tratando de influir en las pugnas internas por el poder, sino haciendo algo más constructivo: debatir sobre opciones

25

El problema principal es que dentro del PRD se ha dejado de escuchar la voz de la calle. La de las organizaciones más ruidosas que se manifiestan todos los días en la geografía del país, pero también de aquellos ciudadanos que solo pueden opinar en ámbitos más íntimos (la familia, el centro de trabajo, el transporte público). En el partido tampoco se oye a nuestros afiliados y militantes y se ha puesto atención solo o principalmente a la voz del poder. Del poder de los dirigentes y del que ellos tienen enfrente en la negociación, sea de un gobierno del PRI o del PAN.

del cambio político en México, sobre la situación de las izquierdas y sus opciones actuales, sobre todo frente a la movilización de la calle y el deterioro de las instituciones, para medir la posibilidad de un cambio de fondo desde las estructuras actuales del poder mismo. No debería bastarles con sentarse a esperar que el antiguo compañero de ruta se desangre en el camino.

Pero claro, la responsabilidad mayor está dentro del PRD. Su reforma pasa por cambiar su vida interna: frenar la corrupción que se manifiesta de manera más clara en la cooptación que han llevado a cabo gobiernos del PRI y del PAN de grupos del partido enquistados en dirigencias municipales y estatales. Y en segundo lugar, darle oportunidad a los perredistas para que ejerzan su derecho al voto, derecho conculcado desde hace varios años por la incapacidad de realizar una elección limpia, legítima y reconocida por todos. Aquí sí, democracia pura y simple, sin adjetivos. Y para ello se requiere que los procesos internos sean organizados, vigilados y calificados por una instancia externa, como sucede en muchos países del mundo, instancia que puede ser un grupo ciudadano o mejor, por tener los recursos, la experiencia y la calificación por el INE, antes IFE.

En cuanto a su línea política, el debate sobre la unidad del movimiento progresista y la posición frente al gobierno de Peña, son las dos cuestiones fundamentales. Puede haber otros temas o preguntas, pero a mí me parece que estas son las principales. La unidad no se reduce a tratar de convencer a Andrés Manuel López Obrador, a Morena o al PT y MC de que el PRD se va a portar bien de ahora en adelante y puede ser un aliado confiable. Pasa por convencer al movimiento que no está en esos partidos que el PRD los escucha y sabrá defender sus causas. La del movimiento sindical independiente, el campesino y la amplia gama de movimientos ciudadanos que se manifiestan todos los días.

Y en cuanto a la relación con el gobierno actual, veamos el caso del Pacto por México. Creo que el principal error de los que

firmaron ese acuerdo fue el de no escuchar la voz de la calle. Negociar con el gobierno (y el PAN) sin tomar en cuenta y, sobre todo, sin darle un lugar a los movimientos en aquellos temas que los afectaban, fue el error principal. El ejemplo más evidente fue la posición de varios legisladores y una parte de la dirección nacional en torno a la Ley de Educación, pues no solo decidieron excluir al movimiento magisterial independiente sino que lo descalificaron. El fin del Pacto dio lugar, afortunadamente, a un nuevo planteamiento: la defensa del petróleo con todos los que quieran ir en esta lucha, tratando de recuperar la iniciativa en la calle y con los movimientos y expresiones ciudadanas que, justamente, se manifiestan en la calle.

Y es que en el debate sobre la calidad de las instituciones, desde un punto de vista progresista, bajo una realidad tan oprobiosa para muchos mexicanos que viven con uno o dos salarios mínimos, que habitan en zonas donde no hay ley y solo vale el gobierno del crimen organizado, en donde las instituciones no actúan o lo hacen a favor de los poderosos, la viabilidad del cambio por la vía del voto y de la lucha política dentro de las instituciones parece una cosa muy lejana. Para demostrar que el cambio es posible, los gobiernos progresistas deben hacer mayores esfuerzos de honestidad y transparencia. Y estar más abiertos a la participación ciudadana. Por su lado, los partidos, especialmente el PRD, deben cambiar su estrategia y replantearla a la luz de la realidad actual del país.

Para decirlo en la forma más sencilla posible: el problema principal es que dentro del PRD se ha dejado de escuchar la voz de la calle. La de las organizaciones más ruidosas que se manifiestan todos los días en la geografía del país, pero también de aquellos ciudadanos que solo pueden opinar en ámbitos más íntimos (la familia, el centro de trabajo, el transporte público). En el partido tampoco se oye a nuestros afiliados y militantes y se ha puesto atención solo o principalmente a la voz del poder. Del poder de los dirigentes y del que ellos tienen enfrente en la negociación, sea de un gobierno del PRI o del PAN.

No se trata de abandonar la vía electoral ni de dejar de intentar las reformas que hemos planteado siempre ni renunciar a hacer política y negociar. La cuestión es hacer todo esto con la gente, sus organizaciones, sus opiniones, sus protestas y sus propuestas. Volver a darle a los protagonistas de las calles un asiento en la mesa de los debates y las negociaciones. Ya se sabe que estas expresiones son a veces confusas, contradictorias y carentes de realismo político. Pero ese no es hoy el problema principal. El verdadero asunto es invitarlos a pasar a ocupar ese asiento. La reforma del PRD pasa principalmente por abrir el partido para que la voz de la calle vuelva a escucharse y hagamos política con ella, no a sus espaldas ■

México, D.F., a 21 de abril de 2014.

25

ADRIANA LUNA PARRA*

25

EL PRD QUE FUNDAMOS, EL QUE TENEMOS Y EL QUE NECESITAMOS

Hace 25 años fundamos el Partido de la Revolución Democrática como herramienta de lucha por la soberanía nacional, en contra de la galopante pérdida de derechos individuales y sociales, el creciente autoritarismo con el consecuente miedo que generaba, la compra de decisiones, voluntades y votos. Desde su fundación, en el PRD hemos reivindicado la lucha por las conquistas revolucionarias logradas en nuestra historia, la justicia social, la defensa del Estado laico, los recursos naturales, los derechos de las mujeres, de los indígenas y de las minorías; la cercanía con las luchas sociales y el compromiso con principios éticos en la for-

Desde su fundación, en el PRD hemos reivindicado la lucha por las conquistas revolucionarias logradas en nuestra historia, la justicia social, la defensa del Estado laico, los recursos naturales, los derechos de las mujeres, de los indígenas y de las minorías; la cercanía con las luchas sociales y el compromiso con principios éticos en la forma de hacer política, respetando la libertad personal y colectiva.

ma de hacer política, respetando la libertad personal y colectiva.

El gran fraude y la defensa de la voluntad popular volcada hacia Cuauhtémoc Cárdenas para presidente expresó esos anhelos, que culminaron entonces con el llamado a ciudadanos libres y progresistas a formar un partido que levantara las demandas del país por el que votamos, respetara la dignidad y derechos de militantes y ciudadanos, combatiera las prácticas priistas de la corrupción, el corporativismo, el uso de servicios públicos para fines políticos, la impunidad y el autoritarismo por encima de los derechos individuales y sociales. Esta lucha cobró la vida de más de 700 militantes.

El PRD tenía la confianza del pueblo y se convirtió en la columna vertebral de la izquierda del país, acompañando las luchas sociales, lo que nos llevó a triunfos y logros innegables; pero con ellos regresaron la ambición y las prácticas que prometimos combatir. El PRD se alejó de los principios de origen y se cerraron los espacios para el debate, el desarrollo del pensamiento; mas aún, para la autocrítica y la militancia libre, valores importantes para la democracia y la izquierda.

Corrientes que nacieron para debatir ideas se tornaron en grupos de poder que, por ganar espacios, terminaron por promover ambición y beneficios económicos a cambio de incondicionalidad.

No podemos negar que en nuestros gobiernos y posiciones de poder político se repiten ahora las prácticas priistas que decimos combatir, contradiciendo los principios que nos dieron vida. Es preocupante y doloroso reconocer que en los espacios

El PRD ya no es de la militancia, menos de la ciudadanía y movimientos sociales, las corrientes lo secuestraron, se pelean los recursos y espacios adueñándose de nuestros derechos y acordando en lo obscurito. Hemos perdido la credibilidad de la sociedad progresista y las luchas sociales se han diluido, provocando un éxodo de la militancia y una afiliación pragmática manipulada sin un real compromiso ideológico; sin que siquiera se les pida a los nuevos afiliados el conocimiento de nuestro programa político, lo que nos desdibuja cada vez más.

ganados, la dignidad del servicio público para el desarrollo de libertades y derechos a que estamos comprometidos y que merece el pueblo no son una realidad; se han sustituido por prácticas pragmáticas de uso del poder y recursos públicos en beneficio personal y grupal subordinando la dignidad y libertad de la población a la que debemos servir.

Las responsabilidades políticas se valoran y ambicionan más por las ganancias que por el servicio y el compromiso; se ofrecen cargos a cambio de incondicionalidad, así como a parientes y a amigos; en lugar de privilegiarse los méritos partidarios, la capacidad de lucha o el grado de representatividad; los desechos de otros partidos o individuos adinerados son posibles candidatos sin importar su compromiso ideológico, lo que nos aleja de la identidad política a la que nos debemos.

La ética y los principios han perdido cabida, se cierra el paso a la congruencia y se abre a la impunidad.

El PRD ya no es de la militancia, menos de la ciudadanía y movimientos sociales, las corrientes lo secuestraron, se pelean los recursos y espacios adueñándose de nuestros derechos y acordando en lo obscurito. Hemos perdido la credibilidad de la sociedad progresista y las luchas sociales se han diluido, provocando un éxodo de la militancia y una afiliación pragmática manipulada sin un real compromi-

so ideológico; sin que siquiera se les pida a los nuevos afiliados el conocimiento de nuestro programa político, lo que nos desdibuja cada vez más.

Es urgente hacer un alto en el camino, reconocer para corregir las fallas que nos han llevado a perder la confianza de una parte importante de la izquierda del país, rompiendo la unidad ideológica que tanto se requiere.

La confianza que el pueblo depositó en nosotros, las vidas que regaron nuestra historia y el futuro de México nos reclama a gritos retomar el camino y no dejar caer al PRD. Es momento de levantar la mira. Somos muchos los que le pedimos a los candidatos y las corrientes que pongan el interés del país por encima de sus intereses y abracen la candidatura única de Cuauhtémoc Cárdenas para presidir el PRD.

Su calidad, congruencia y ética política, su reconocimiento nacional e internacional como hombre de izquierda, su visión de Estado y su trascendencia en la historia de México son la oportunidad para retomar el camino y los compromisos de la fundación del PRD, y así convocar la unidad de las izquierdas, de los hombres y mujeres del campo, los trabajadores y el pueblo de México.

Solo podremos recuperar la credibilidad necesaria si sumamos el compromiso de todos y retomamos los principios políticos que nos unieron hace 25 años, para volver a conformarnos como el PRD que merece el país ■

---

* Fundadora, exintegrante del CEN, del Consejo y Diputada federal por la 56 Legislatura.

La confianza que el pueblo depositó en nosotros, las vidas que regaron nuestra historia y el futuro de México nos reclama a gritos retomar el camino y no dejar caer al PRD. Es momento de levantar la mira. Somos muchos los que le pedimos a los candidatos y las corrientes que pongan el interés del país por encima de sus intereses y abracen la candidatura única de Cuauhtémoc Cárdenas para presidir el PRD.

GERARDO UNZUETA



HISTÓRICA Y GENERACIONAL

¿UNIFICACIÓN DE LAS IZQUIERDAS?

¡Cómo no entusiasmarse…! ¡Y cómo no ojear y hojear con interés las 72 páginas del número 19 de *LaZurda*, dedicadas al tema toral de nuestra preocupación política y humana durante los últimos tiempos: la unidad de la izquierda!

Cuatro personalidades de la izquierda mexicana han planteado en estas páginas un debate acerca de las formas en las cuales los militantes de izquierda deben abordar hoy sus tareas en la lucha por la unidad de las fuerzas de este signo –partidistas o no–, ellos son, el director de la publicación, Alejandro Encinas Rodríguez e intelectuales y luchadores políticos: Miguel Concha, Agustín Basave y Rosa Albina Garabito.



Así, Alejandro Encinas señala en su editorial: "México cambió. Vivimos en un país distinto donde la izquierda, sin caer en la desesperanza, debe asumir que sufrió una derrota y que no debe seguir pensando y actuando como hasta ahora. Es momento de su redefinición autocrítica, de recuperar entidad ideológica, autonomía del poder y vocación unitaria".

Por su parte Miguel Concha, el ameritado combatiente por los derechos humanos inquiere: *¿2014, año de la unidad?*, y desenvuelve su emplazamiento con vigor: "Si no hemos podido modificar las tendencias conservadoras en el país, es porque no hemos tenido las mediaciones políticas y sociales capaces de construir un proyecto y una realidad alternativa a nivel nacional y porque aunque se tuviera el coraje para pensarlo y actuarlo, habría que partir de esta realidad para dar los pasos necesarios", algunos de los cuales el maestro Concha condensa en tres posturas estructuradas.

En lo que se refiere a Agustín Basave, conjugando su viejo cuño socialdemócrata, busca nuevos paradigmas en una formulación harto festiva: "Ni Estado cabaretero, ni Estado teporocho: filoneísmo", formulación que consiste en la conquista de voluntades (que) ha de darse mediante la solución a la crisis de la representatividad democrática y por la vía de la inventiva; "es lo que yo llamo el filoneísmo. La cruzada por la originalidad, la invención de un nuevo modelo civilizatorio".

El cuarto de estos personajes, Rosa Albina Garabito, que nos ofrece un panorama de acción y lucha por la unidad de la izquierda, proclama el inicio de su propuesta con once palabras: *Para rescatar al país, abrir las puertas a la democracia participativa*. Rosa Albina Garabito, a quien debo el prólogo a mi libro *Tres años de lucha política de izquierda* y la brillante moderación a las intervenciones en el homenaje que generosamente me hicieron el reciente 30 de enero, establece: "Cuando hablo de democracia participativa me refiero por supuesto al reconocimiento de la autonomía de los pueblos indígenas, a la autonomía de las organizaciones sociales y a la creación de órganos autónomos para la determinación de precios fundamentales en la economía y la definición de las políticas económicas… ello significaría transformar el viejo régimen político hacia una auténtica democracia integral que comprenda no solo las reglas electorales sino la redistribución del poder político, su socialización…".

Brillantes son sin duda las propuestas dirigidas a la acción política y a la lucha actual y futura de la izquierda contenidas en estas intervenciones que publicó el número 19 de *LaZurda*; con una novedad: este número trae a nuestra realidad política la aportación de un grupo de jóvenes que con audacia plantean sus concepciones al lado de las de avezados luchadores políticos y experimentados portadores de ideas nuevas para la nueva realidad.

La historia es así: acoge lo que autores probados dicen, formulan y exigen, pero ahora nos hallamos ante una demanda más para este momento suyo, histórico: reclama abrir las puertas y recibir las propuestas –a veces insolentes– de quienes responden al nuevo requerimiento y a las necesidades aun no practicadas de la propia izquierda. A esto acude nuestra revista como tribuna, abierta ya, de nuestra corriente. El número 19 de *LaZurda* se hace portador de la buena noticia: cinco voces nuevas se insertan al debate, no importa si algún límite es tocado: son parte de quienes conjugan el “prohibido prohibir”.

He aquí, pues, el índice de los novedosos textos críticos de la izquierda mexicana, insertos en el ya mencionado 19. Comienza con *Tiempos oscuros* de Gibrán Ramírez Reyes; en seguida está *Sin legado. La izquierda política y la despolitización en el México contemporáneo* de Francisco N. Martínez Aviña; luego, *Las voces en el muro del ‘Gueto’ Legislativo* que nos brinda el fotorreportaje de Francisco Fragoso, el cual continúa con *La oposición política mexicana, un discurso vacío y sin sentido* de Aram Barra, para culminar con *Postales de derrota y esperanza* que brotan de los viajes de Hugo Cervantes. Y hay un mensaje crítico más, *Juguete desechable,* del artista gráfico Antonio Helguera, que debe unirse al recuento, pues completa el panorama. Pero ¿qué dicen esas voces que los elevan a la nueva brega de la izquierda? No pretendo descubrirlo, sino solo encontrar allí temas del nuevo modelo civilizatorio, la redefinición autocrítica o nuevos criterios para abrir el debate que se nos plantea y a cuyo inicio bien sirve el número 19 de *LaZurda*.

En el artículo *Tiempos oscuros,* Gibrán Ramírez Reyes, proveniente de una familia campesina de Oaxaca, nos alerta de su propósito; “lo que me interesa es contribuir a explicar la oscuridad de la noche que envuelve a la izquierda mexicana y proponer algunas consideraciones necesarias para enfrentar el futuro”, y propone su interpreta-

ción de la hegemonía neoliberal "que permite diagnosticar con pesimismo para enfilar a un horizonte con los pies en la tierra y pisadas firmes".

Una "pisada firme", por ejemplo, la dedica al voluntarismo de la inteligencia; afirma: "Sostengo que este no es el momento para volcarse a la acción sino para pensar estratégicamente… Lo primero es asumir la derrota. Lo segundo pensarla y digerirla, lo tercero crear para la acción".

Con ese criterio presenta grandes rasgos de la política reciente del PRD, en particular los grandes movimientos contra el desafuero (2005), la defensa contra la privatización del petróleo (2008) y el poderoso avance en la presidencial de 2012, que preceden a la derrota (no sin anotar la imposición de Jesús Ortega por el Trife, que puso en cuestión la unidad del partido). La pesadez de la derrota que sufren esos movimientos invade toda la izquierda y se alimenta de cada reforma. "El ánimo derrotado se convirtió en la tinta con que se firmó la rendición definitiva de las izquierdas mexicanas ante el régimen actual, tecnocrático y neoliberal: el Pacto por México".

El politólogo nutre un instrumento de su análisis; "tres momentos simbólicos, exclusivamente por su carga de significado, pueden ayudar a entender la caída de la izquierda mexicana en 2013: la firma del Pacto por México, la muerte de Arnoldo Martínez Verdugo y el infarto que sufrió Andrés Manuel López Obrador. El Pacto significa el punto más alto del régimen tecnocrático neoliberal, la muerte de Arnoldo simboliza el extravío ideológico y el infarto de Andrés Manuel, la incertidumbre del futuro".

"Así es posible explicarse, en primer término cuándo es que 'se jodió' la izquierda (según la terminología de Luis Salazar en *Nexos*)". A ello Gibrán responde, "estas se 'jodieron' cuando abandonaron el socialismo… Silenciosamente perdieron la batalla del lenguaje y adoptaron el léxico del liberalismo, si no es que este fue el que adoptó a los antiguos socialistas". He aquí un tema que aporta el estudioso de ciencias políticas a la discusión entre militantes de izquierda y socialistas.

Gibrán agrega todavía otro tema a la discusión. ¿Qué hacer? "Quizá debiéramos reabrir el

debate de los grandes objetivos donde lo dejaron. Esta discusión ideológica debe estar orientada a profundizar en el anclaje de la izquierda en sus dos objetivos principales, entreverados, inalterables, la tendencia al igualitarismo y la reivindicación de la no dominación".

Por su parte, Francisco Martínez Aviña, con estudios de Ciencias Políticas en la UNAM nos informa en su artículo *Sin legado*: "El interés de mi artículo es reflexionar sobre las relaciones que podría establecer la izquierda en México con el conjunto de gente que se ve motivada a cambiar su voto debido a la tercera de las condiciones (el aseguramiento de algún beneficio inmediato según se vote por un partido o candidato determinado /en una palabra la compra del voto/)... Me parece que ese tema no debe ser visto solo desde un punto de vista estratégico por la izquierda (cuántos votantes son y cómo obtenemos sus votos o los disuadimos de votar por el contrincante), sino que atañe al corazón mismo de lo que le confiere su identidad, es decir, de lo que marca su diferencia respecto de la derecha".

Su argumentación revela la solidez de su estudio: "Si bien es cierto que la izquierda política en México (y en cualquier parte del planeta) es parte de un legado histórico de valores, prácticas y tradiciones que motivan ampliamente el curso de sus acciones presentes y que permiten anticipar, en alguna medida, sus acciones futuras, quisiera plantear en este espacio la hipótesis de que esa gente sin mundo político como la he denominado, es a la par carente de un legado histórico que la determine. No pertenece a la izquierda ni a la derecha, sino que se sitúa más allá de la línea que enmarca dicha polarización... ¿Cómo impedir, pues, que el legado de la izquierda –que esta mucho se afana en

Tres momentos simbólicos, exclusivamente por su carga de significado, pueden ayudar a entender la caída de la izquierda mexicana en 2013: la firma del Pacto por México, la muerte de Arnoldo Martínez Verdugo y el infarto que sufrió Andrés Manuel López Obrador. El Pacto significa el punto más alto del régimen tecnocrático neoliberal, la muerte de Arnoldo simboliza el extravío ideológico y el infarto de Andrés Manuel, la incertidumbre del futuro".

resguardar–, no se traduzca en el sacrificio de un resto que no le pertenece? ¿Qué relación debe haber entre la izquierda y la gente sin legado?

Así dejó planteado el politólogo el punto de partida de su examen; prosiguió: "La venta del voto en cualquier modalidad implica una relación estratégica con quien lo compra; los votantes flotantes que intercambian su voto por algún tipo de beneficio particular inmediato; pueden ser caracterizados como aquellos a quienes se incluye (con su voto) para continuar excluyéndolos de la vida política en común. Pero existe otra figura de ciudadano cuya despolitización y a la vez la venta de su voto se pueden deber más bien a su condición depauperada: quien no tiene el ingreso económico para sostenerse holgadamente o quien en el caso de una situación de pobreza extrema tiene difícilmente algo para comer, probablemente no pensará demasiado en quién será su próximo presidente o su representante distrital.

No es un secreto que las tres políticas partidarias del país se benefician electoralmente de los programas asistenciales. "Pero volver a poner en el centro de la discusión estas cuestiones nos reconduce a las preguntas guía de mi artículo: ¿Cuál debería ser la relación entre la izquierda y esa gente que no habita un mundo político debido a sus difíciles condiciones de existencia? ¿Cuáles son los efectos que tiene para la identidad de la propia izquierda, la puesta en práctica de métodos clientelares?".

Y es en ese momento en que surgen las propuestas, pues se trata nada menos que de un cambio de conducta de la izquierda ante el clientelismo.

Dice Francisco parafraseando a Kafka para ejemplificar la conducta de los partidos en relación al clientelismo: los partidos políticos no quieren saber nada de ti, "te toman cuando vienes y te dejan cuando te vas". Lo que está en juego no es simplemente la carencia de condiciones para mejorar la cultura política del país; hay algo que es todavía más inquietante y que tiene que ver con el modo en que la izquierda genera su identidad: si con el fin de obtener votos reduce a los votantes al lugar de incapacitados políticos, se acerca de este modo peligrosamente a la derecha trazando con ella una línea entre quienes saben de los asuntos del gobierno

y por eso pueden y deben mandar, y aquellos que, debido a su minoría de edad en estos asuntos, tienen sin más, que obedecer.

Suena trillado, pero aquí el medio importa tanto como el fin, pues en ese medio es donde la izquierda puede (o no) dar las pinceladas de un mundo diferente. Y es en esas pinceladas donde, en nombre de la igualdad de cualquiera con cualquiera, "puede poner en escena la existencia de un mundo político común, no excluyente".

En el fotorreportaje *Las voces en el muro del 'Gueto' Legislativo,* ¡qué demostración de valor, independencia y soberanía nos ofrece Francisco Fragoso. Sí, se trata de ubicar a "cada quien en su lugar": en las curules la traición del PRI y sus aliados, la alcahuetería de las dos corrientes del PAN y, para que nada faltara, la adhesión de los diputados del PST (no del PRD), que cantaron la canción del recuerdo a Talamantes bajo la sombrilla de "Nueva Izquierda".

Querían cerrar un ciclo de reformas que desmantelara los principios básicos de nuestra Constitución (¡esos que por mandato del Constituyente de 1917 nunca debieron modificarse!) empeñando la soberanía del país al entregar a empresas extranjeras voraces el más preciado de los bienes de la nación: el petróleo. Y ese ciclo quedó cerrado, nos informa Francisco, "a la vieja usanza de la peor práctica legislativa: levantar la mano sin atender ningún razonamiento... La instalación de cercos policiacos, apoyados por un muro metálico de aproximadamente tres metros de altura, que cercaron las instalaciones del Senado y posteriormente de la Cámara de Diputados, segregaron al parlamento de la sociedad", comenta quien, por formar parte del equipo de Alejandro Encinas y haber desempeñado funciones como servidor público en ambas cámaras del parlamento mexicano, así como en el Gobierno del D.F., tiene experiencia en esos menesteres.

"Este muro se convirtió en un espacio de expresión ciudadana, plasmando consignas en contra de la regresiva reforma constitucional". Francisco hizo una selección de los carteles que, durante los días que duró "el debate sin respuesta", adornaron al mismo muro y las paredes de las cámaras. Nuestras páginas se ven honradas con la gráfica de quienes cultivan ese modo de expresión y de las reflexiones de Fragoso.

El artículo de Aram Barra, *La oposición política mexicana, un discurso vacío*

En el fotorreportaje Las voces en el muro del 'Gueto' Legislativo, ¡qué demostración de valor, independencia y soberanía nos ofrece Francisco Fragoso. Sí, se trata de ubicar a "cada quien en su lugar": en las curules la traición del PRI y sus aliados, la alcahuetería de las dos corrientes del PAN y, para que nada faltara, la adhesión de los diputados del PST (no del PRD), que cantaron la canción del recuerdo a Talamantes bajo la sombrilla de "Nueva Izquierda".

y sin sentido, mantiene prácticamente en toda su extensión, demandas de la generación que arriba a la cúspide social. Así reclama y trae a la discusión, la despenalización de las drogas, el otorgamiento de derechos sexuales y reproductivos plenos. "La nueva generación política de México, nos dice, es diversa pero sufre de problemas comunes, compartidos. No existe hoy una respuesta política que movilice las opiniones y voluntades de las y los mexicanos. No existe solidaridad, ni lugares públicos de encuentro. El debate y discurso político es vacío y sin sentido… En lugar de preparar opciones político-programáticas para el futuro, los socialistas han intentado hacer exactamente lo mismo que la derecha. José Saramago ha expresado su crítica hiriente a la socialdemocracia: "En cierto momento el movimiento socialdemócrata representaba algunas de las mayores esperanzas de la humanidad, pero con el tiempo ha dejado de jugar ese papel".

"En ese contexto se desenvuelven todas las discusiones políticas en torno a las llamadas reformas del Estado mexicano… Las nuevas generaciones políticas no se sienten representadas y se manifiestan como la antigua oposición lo hizo en su tiempo". De allí parte Aram para plantear uno de los temas cruciales de la izquierda, ante el cual debe pronunciarse inevitablemente cualquier debate de nuestra corriente: "¿Son las formas de ayer útiles para resolver los problemas de hoy? ¿Las respuestas políticas son aún válidas? ¿Es posible vencer nuestras diferencias y movilizarnos por una meta común que responda a nuestras necesidades?

En búsqueda de esclarecimiento, quien fuera coordinador de eventos de la fundación Friedrich Ebert plantea la necesidad de definir el propio concepto de *generación política*: lo que la define es el pedazo particular de historia que a las personas de una generación les tocó vivir durante sus años plásticos. Por ejemplo, los jóvenes de hoy tienen poca probabilidad de mantenerse en el marco de juego propuesto por la clase política en la era de Gortari-Zedillo.

Mientras la nueva generación política creció expuesta a la globalización y a la diversidad que ella implica, opina Aram Barra, el sistema mexicano es uno que busca aún en sus mayorías regresar a un pasado homogéneo. Ahí donde las fuerzas progresistas debieran promover el respeto a la diversidad y el mantenimiento de los derechos conquistados, junto al reconocimiento de otros nuevos, los partidos de izquierda en México callan. Muchas y muchos jóvenes en México sienten hoy que la situación actual les está quitando la oportunidad de tener una vida digna. Si serán capaces de involucrarse en resignificar la política y la agenda progresista está por verse. Mientras tanto…. La transición generacional ofrece una oportunidad de revalorizar y encauzar el papel del Estado y de los medios de comunicación. La participación ciudadana, "al final del día", mejora con el fomento de mayor participación.

En *Postales de derrota y esperanza,* Hugo Cervantes, joven de Ciudad Nezahualcóyotl, hijo de maestros, estudiante de la Preparatoria 2, nos relata: "La única marcha de la cual regresé convencido de que mis pasos y mis gritos habían surtido efecto fue, quizá paradójicamente, también a la primera que fui… Tenía 15 años. En la Cámara de Diputados sesionaban para desaforar a Andrés Manuel López Obrador. Hacía frío, era jueves y tenía examen de Matemáticas.

"*No estás solo*, fue la primera consigna que grité. Ahora lo confieso: en parte me lo gritaba a mí mismo en una suerte de arenga de ánimo y también de epifanía: a mi lado marchaban señores en traje, madres de familia, abuelas y también varios adolescentes. Todos hasta la madre, todos agraviados, todos animados, como yo… ¿Cuántos no teníamos pendientes académicos o laborales ese día? ¿Cuántos habíamos decidido ir a protestar contra un agravio antes que seguir el perverso guion de la cleptocracia gubernamental?

Nuestro escritor de turno ganó una beca para ir a los colegios del

Mientras la nueva generación política creció expuesta a la globalización y a la diversidad que ella implica, opina Aram Barra, el sistema mexicano es uno que busca aún en sus mayorías regresar a un pasado homogéneo. Ahí donde las fuerzas progresistas debieran promover el respeto a la diversidad y el mantenimiento de los derechos conquistados, junto al reconocimiento de otros nuevos, los partidos de izquierda en México callan. Muchas y muchos jóvenes en México sienten hoy que la situación actual les está quitando la oportunidad de tener una vida digna.

Mundo Unido en Costa Rica. De allí los viajes que ilustran su adquisición de postales y que vale la pena leer:

Pocos días después de la marcha a la que el gobierno reculó y decidió castigar a Andrés Manuel López Obrador. Bien sabíamos que este no había cometido delito alguno, pero en México la inocencia no basta. La marcha entonces definió el cauce de los acontecimientos.

Han trascurrido nueve años desde entonces.

Es invierno. Trago saliva. Y sigue haciendo frío. Lo impensable ha sucedido: el PRI ha regresado a la Presidencia. La izquierda partidista está fragmentada. La dirigencia de la izquierda partidista está entregada.

Hay más pobres, más muertos y menos país.

No hemos dejado de marchar. Sin embargo, nuestros pasos, nuestras pancartas cada vez tienen menos efecto en cambiar el rumbo de nuestro presente. Si es que –tristemente lo digo– ahora tienen algún efecto.

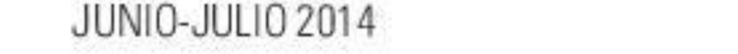
¿Qué pasó? ¿Qué nos pasó?

Hugo, entonces, tuvo oportunidad de realizar una interesante experiencia.

Nueva York, agosto 2007

"De alguna manera no he conocido un grupo de mexicanos tan indiferente, displicente y ajeno a México que sus propios emigrantes. Quizá con cierta razón.

"Regresarme, ¿para qué? *Namás* mira a nuestros primos. Acá sí tengo oportunidades". A los 14, mi primo cruzó la frontera caminando el



desierto. Al morir su padre, se fue a alcanzar a su madre, la cual se fue a Nueva York cuando él tenía ocho años.

(Hugo relata la historia que en 12 años ha tenido la forma de gobernar por la izquierda en México; es "similar a la priista". En Ciudad Nezahualcóyotl ha aumentado más el número de bares que de bibliotecas y parques públicos juntos. El modo distinto de gobernar que se pregonaba en ese entonces es ahora una broma de mal gusto, de vergüenza ajena. Y reflexiona: ¿Por qué la izquierda sufre una crisis? No se necesita un análisis muy sesudo. Ni a los padres ni a los hijos, la izquierda partidaria nos ha cumplido lo que prometió: seguridad, trabajo, vida digna).

Roma, Italia, octubre, 2010

"La desesperanza no es endémica de nuestro país. Tristemente, afortunadamente… Como estudiante en Italia asistí a dos (de las incontables) marchas para que renunciara Silvio Berlusconi… Las marchas, los escándalos y la desvergüenza no bastaban… Como en México".

Y no bastaron… Hugo relata cómo finalmente (para Italia), mediante la presión de una posible crisis económica los mercados lograron lo que los ciudadanos no pudieron. Berlusconi dimitió, mas la dimisión no fue gratuita, sino a cambio de un paquete "de austeridad económica" que incluía aumento al IVA, la venta de bienes públicos, la congelación de los salarios…"Afuera la gente, eufórica, celebraba".

Madrid, España, junio, 2012

El 15 de Mayo un grupo de indignados decidió que las marchas habían dejado de tener efecto. Se generalizó ese criterio y de pronto se hizo una acampada grandísima en la plaza principal de Madrid: no más simulación política del bipartidismo, acceso popular a los medios de comunicación y garantía del derecho de vivienda.

Resumen y propuesta

Y bien, estoy convencido de que las argumentaciones y propuestas contenidas en el número 19 de *LaZurda* coinciden plenamente con una línea progresista y democrática, que hoy la izquierda mexicana tiene la obligación de desarrollar y aplicar, para enfrentar la formación de una coalición conservadora, que avanza en el control total del poder político y económico de México.

Es la izquierda mexicana la corriente que tiene la capacidad de

constituir una fuerza nacional para abrir un horizonte de reivindicación de las bases fundamentales de nuestro país, que han sido atropelladas. La defensa de los derechos y garantías sociales, hoy bajo el fuego del poder ilegítimo instaurado con apoyo de las fuerzas armadas, es sin duda, una de las banderas principales de la izquierda.

Pero esa, nuestra corriente, participa de manera dispersa. Hay claridad en personalidades, grupos, sindicatos, organizaciones campesinas y agrupaciones culturales de la necesidad de participar en las luchas que nuestro pueblo tiene planteadas. En este sentido, un hecho reciente está presente. Cuatro personalidades y cinco jóvenes han coincidido en el número 19 en las páginas de *LaZurda*, planteando la necesidad de actuar. Y antes, el 18 de diciembre de 2013, se publicó un Plan por la Unidad Nacional y la Defensa de la Patria, cuyo objetivo fue concitar fuerzas y realizar una gran manifestación el 31 de enero del presente, en rechazo a la reforma energética que entrega el petróleo y la electricidad de México al capital financiero internacional.

Sobre la base que surge de la coincidencia fundamental que se desprende de las publicaciones hechas en el número 19 de *LaZurda*, pongo a consideración de las nueve personas –las cuatro personalidades y los cinco escritores jóvenes cuyas intervenciones hemos reseñado–, una propuesta: reunámonos e intercambiemos opiniones sobre las propuestas contenidas en los artículos que dicha publicación contiene y avancemos no solo en las definiciones que ya de antemano se han establecido, sino en concreto sobre las diferentes formas de actuación que se desprenden de la nueva situación que vive nuestro país y de los deberes y posibilidades de la izquierda como fuerza social.

No sugiero fechas o temas a discusión; creo que en un encuentro de esta índole se podrá llegar a acuerdos, sin muchas dificultades, sobre las cuestiones a tratar y que se desprenden de las opiniones contenidas en los nueve artículos mencionados. Suplico a la redacción de *LaZurda* su apoyo para entrar en relación con cada una de las nueve personas a que nos referimos ■

CARTEL DEL MES

